

IGNACIO DE LOYOLA Y EL MAR: SU POLÍTICA MEDITERRÁNEA

Francisco de BORJA MEDINA, S.J.
Pontificia Universidad Gregoriana, Roma

Íñigo López de Loyola y su vinculación al Mar

Se ha presentado a Íñigo López de Loyola como soldado vasco de tierra adentro, oriundo del valle de Iraurgi, donde se encontraba el solar y casa-torre de Loyola, entre Azpeitia y Azcoitia. A sus 15 ó 16 años, de su torre y valle pasó al real palacio de Arévalo, en el corazón de Castilla, al servicio de Juan Velázquez de Cuéllar, uno de los Contadores Mayores de Hacienda de Castilla. Muerto Cuéllar (1517), lo admitió a su servicio su pariente, Antonio Manrique de Lara, duque de Nájera, virrey de Navarra. Lo demás también es conocido: la defensa de Pamplona (1521), la herida y el cambio de vida.

De esta época se han realizado algunos estudios que han ido sacando a la luz una serie de aspectos del Íñigo anterior a su cambio de rumbo, que desmitifican esa figura y la devuelven a su verdadero origen y ambiente. Pero hay, en su vida de estos años, un aspecto poco o nada estudiado: su vinculación al mar.



Anónimo. Dibujo de nao en la casa-torre de Loyola

Es sugestivo a este respecto el dibujo a carbón de una nao, recientemente descubierto en la casa-torre de Loyola, con motivo de su restauración en 1991, al separar una placa de enlucido de la mocheta de una ventana que se encuentra en la segunda planta, a la salida de la cocina. Documento pictórico de tosca factura doméstica, que ilustra la apertura al mar de los señores de la casa y solar de Loyola (1).

Los señores de Loyola y el mercado del hierro

En primer lugar, no hay que olvidar que la casa-torre se encontraba junto al Urola, vía fluvial que unía las villas del valle con el mar y era la salida natural, por el puerto de la Rentería de Bedua, a tres millas de Zumaya, del hierro fundido y elaborado en sus ferrerías.

Íñigo pertenecía, por Oñaz-Loyola, a una familia de Parientes Mayores guipuzcoanos y, por su madre, Marina Sayz de Licona, al linaje vizcaíno de los Licona de Lequeitio, transferidos en el siglo xv a Ondarroa. De alguno de ellos se decía que era «mercadero mucho rico», lo cual no obstaba a su condición de hidalguía. Es más, se puede afirmar que los Parientes Mayores eran mercaderes en el sentido de comerciar con el hierro forjado en sus propias ferrerías (2).

Aún está prácticamente inédito el estudio de las actividades económicas de los señores de Loyola, pero no se puede dudar de su integración en el circuito comercial siderúrgico, tanto respecto de la producción de hierro en sus ferrerías como de su exportación, principalmente por el puerto de Bedua.

Entre los bienes del señor de Loyola, Martín García de Oñaz, hermano de Íñigo, se encontraba la ferrería de Ubisusaga, en la jurisdicción de Beizama, con la que confinaba por tres de sus partes y, por la otra, con el arroyo que bajaba de Ysurola. Tenía su molino y casa, calces, presa, libertades y exenciones y facultad para cortar montes, rozar, pacer, beber aguas en la dicha jurisdicción. En la misma jurisdicción de Beizama, los señores de Loyola habían poseído la ferrería de Ybayhederraga con sus pertenencias, montes y derechos; y, en la jurisdicción de Aranaz, la de Ybarrola, derruida al tiempo de la institución del mayorazgo por Martín García de Oñaz (1536) (3).

Por dos documentos inéditos, conservados en el Archivo Histórico de Loyola, además de algún otro editado en *Fontes Documentales de S. Ignatio de Loyola*, consta del negocio de exportación de hierro en el que participaba el mismo Martín García de Oñaz.

(1) Ilustración tomada de EGUILLOR, J.R., S. J.; HAGER, H. y HORNEDO, R.M. DE, S. J.: *Loyola. Historia y Arquitectura*. San Sebastián 1991, p. 55. Agradezco de corazón al R.P. José Ramón Eguillor, S. J., archivero de Loyola, y principal autor de esta obra, su licencia para publicar esta fotografía así como el haber puesto a mi disposición, juntamente con los documentos del Archivo, su competencia y su inestimable ayuda fraterna.

(2) AROCENA, F. DE: «El abuelo materno de San Ignacio» en *Problemas históricos guipuzcoanos en la vida de San Ignacio* (San Sebastián 1956), pp. 9-10. AREITIO, D. DE: «Nuevos datos sobre el abuelo materno de San Ignacio de Loyola», *Archivum Historicum Societatis Iesu* (AHSI) 26 (1957), pp. 218-229.

(3) Monumenta Historica Societatis Iesu (MHSI). *Fontes documentales de S. Ignatio de Loyola. Documenta de S. Ignatii familia et patria, iuventute, primis sociis*. Ed. C. de Dalmases, S. I., Roma 1977 (en adelante *Fontes doc.*), pp. 81, 486.

El 10 de diciembre de 1508, el señor de Loyola se obligaba a entregar a María López de Recalde, viuda de Pero Martínez de Idiacaiz, vecina de Azcoitia, 120 quintales de hierro «buenos y marchantes de dar y tomar entre mercaderos», más 680 maravedís de costa, puestos en el puerto de Bedua y pesados con el quintal de dicho puerto. Era el pago debido por otros tantos quintales de un crédito que la beneficiaria había traspasado al señor de Loyola sobre los bienes y la persona de Martín Yñiguez de Yrarraga. El señor de Loyola había dado, por él, una fianza a Juan Ochoa de Recalde que lo tenía preso (4). El derecho a este crédito lo había otorgado al señor de Loyola el corregidor de Guipúzcoa, Cristóbal Vázquez de Acuña (5).

Treinta años más tarde, entre los recibos inventariados a la muerte de Martín García de Oñaz (1538), se halló un reconocimiento de deuda del mismo Martín Yñiguez de Yrarraga, difunto, y de su mujer Catalina de Eyzmendi, por valor de 66 quintales de hierro puestos en Bedua, más 748 maravedís (6).

El 7 de abril de 1529 el señor de Zarauz, Juan Ortiz de Gamboa, como principal deudor, y sus fiadores, otorgaban a Martín García de Oñaz, señor de Loyola, 154 quintales de «fierro banda platina que sean buenos e marchantes e bien entallados, tales que sean de dar e tomar de mercadero a mercadero... dados y pagados en el puerto de Rentería de Bedua, o en el puerto d'Eguileta o Arraçatia [Arrasate-Mondragón], pesados en cualesquiera dellos, quitos de todos derechos y falta e peso con el dicho quintal» (7).

Como en el primer caso, este pago suponía una transacción anterior con tercero: el señor de Loyola, Martín García de Oñaz, había entregado, en favor de Ortiz de Gamboa, esos 154 quintales de hierro banda a Pedro de Yrigoyen, de Ybarluçar, vecino de Azpeitia, con quien el señor de Zarauz había contraído una deuda. El precio de esa exportación pudo suponer al señor de Loyola una ganancia bruta de unos 3.619 reales (unos 328 ducados).

Es interesante señalar que, muy poco antes de esta fecha, Carlos I había expedido en Toledo una Real Provisión de 15 de enero, concediendo a nueve puertos de la Corona de Castilla licencia para comerciar directamente con América, entre ellos San Sebastián y Bilbao (8).

La actividad siderúrgica estaba unida frecuentemente a la propiedad de los medios de transporte debido a las ventajas que reportaba a las naos guipuz-

(4) Obligación del señor de Loyola en favor de María López de Recalde. Archivo Histórico, Loyola (AHL) 1-1-1². Tendría efecto la próxima fiesta de San Juan de Junio. Firmaron como testigos Domingo de Egurça, escribano, Martín García de Anchieta y Juan Ochoa de Eyçaguirre, vecinos de Azpeitia.

(5) AHL.Cros, L.: *La famille maternelle de S. Ignace* (mss), p. 56.

(6) *Fontes doc.*, 619.

(7) Escritura firmada en la Casa y Solar de Loyola el 7 de abril de 1529, ante el escribano Juan Martínez de Alzaga, por la que el señor de Zarauz, Juan Ortiz de Gamboa, como principal deudor, y sus fiadores, otorgaban a Martín García de Oñaz, señor de Loyola, esa cantidad. AHL 1-1-1¹ n.º 16.

(8) El Emperador en Toledo, 15 de enero de 1529. ENCINAS, D. DE: *Cedulario Indiano, 1596*. (repr. facsímil). Estudio e índices de A. García Gallo: Madrid 1946, 4 vols., IV, pp. 133-136. Años después se revocó esta orden: Felipe II en Madrid, 1 y 21 de diciembre de 1573. *Ibidem*, pp. 135-137.

coanas y vizcaínas la proximidad de los centros de producción y las leyes proteccionistas de preferir las naves de naturales a las de extranjeros y las de mayor tonelaje —como eran las naos vascongadas— a las de menor (9). Los puertos del Norte tenían trato con Flandes e Inglaterra y con Sevilla, mercado importante del hierro vascongado en manos de mercaderes vizcaínos y guipuzcoanos que comerciaban con la ciudad y región y con el nuevo mercado indiano. María López de Recalde, por ejemplo, que, como he indicado, participaba en el mercado del hierro y tenía trato comercial con el señor de Loyola, era propietaria de la nao *Trinidad* en compañía de su hijo Martín Pérez de Idiacaiz, maestro de dicha nao (10).

Los señores de naos, en tiempo de guerra, debían estar apercebidos para prestar servicio con sus naos y gente, sobre todo si recibían acostamiento del Rey, al igual que los otros nobles y caballeros vasallos del Rey, en virtud de acostamiento, debían servirle con sus personas y hueste (11).

Juan Pérez de Loyola, capitán de mar

El señor de Loyola era uno de estos señores que habían recibido, en atención a sus servicios y a los de sus mayores, rentas reales que le obligaban a mantener armas y caballos para su persona y su propia hueste. Así Beltrán de Oñaz, padre de Íñigo, luchó en la guerra civil (1476) y en la de Granada (1484). Pero es curioso advertir que su hijo primogénito, Juan Pérez de Loyola, heredero de la casa y solar de Loyola, sirvió a los Reyes Católicos, como capitán de mar (1493-1496), en la armada de Vizcaya mandada por Íñigo de Artieta (12).

Alonso de Quintanilla, contador mayor de Cuentas, y el doctor Andrés de Villalón, ambos del Consejo Real, fueron a Vizcaya con el fin de cobrar dos cuentos de maravedís repartidos como empréstito para los gastos de la armada (13).

La armada constaba de una carraca, propiedad de Artieta, de 1.000 toneles (c. 1.200 toneladas), una carabela y cuatro naos. Iban a bordo 265 marineros y 585 hombres de armas.

La nao de Juan Pérez de Loyola, de 220 toneles (c. 264 toneladas), propiedad del maestro Pedro de Deva, llevaba 40 marineros y 85 hombres de armas. Entre ellos tres Loyolas: Miguel, Lope (como paje) y «el bastardo de

(9) Pragmáticas. Don Fernando y Doña Isabel en Granada, año 1500, a 3 de setiembre y los mismos en Sevilla, año 1501, a 20 de junio. Ambas leyes pasaron a la *Nueva Recopilación de las Leyes de estos Reinos. Segunda Parte, Leyes III y V, tit. X, lib. VII.*

(10) En la participación de la compañía, correspondía 10/12 a la madre y 2/12 al hijo. Véase mi trabajo *Íñigo López de Loyola: Probable estancia en Sevilla (1508 y 1511) y su reflejo en los Ejercicios*, AHSI 63 (1994) 3-76; p. 38.

(11) Cfr. Pragmática. D. Fernando y Doña Isabel en Granada, año 1500, a 15 de setiembre en *Nueva Recopilación*, ley XII, tit. IV, lib. VI.

(12) Los Reyes nombraron a Artieta «capitán general de una armada que se organiza para que ande por los mares». Barcelona, 20 de junio de 1493. *Registro General del Sello* (en adelante RGS). Madrid-Valladolid (CSIC-Instituto Jerónimo Zurita) 1970, X, n.º 1651, f. 219.

(13) Barcelona, 23 de junio de 1493. *Ibidem*, n.º 1680, f. 190.

Loyola» (sic) (14). Éste era, sin duda, su hermanastro, Juan Beltrán de Loyola, llamado *el Borte*, hijo natural de Beltrán Yáñez de Oñaz, señor de Loyola (15).

La armada tenía un coste de 11.729.800 maravedís/año. Juan Pérez recibía un salario de 30.000 maravedís/año, más los salarios de su gente (6.000 maravedís el marinero y 5.000 maravedís el hombre de armas) y el mantenimiento de la nao, por un total de 646.800 maravedís/año.

Por el flete de cada embarcación se pagaban 120 maravedís por tonelada/mes, y correspondía a Loyola 158.400 maravedís cada 6 meses. Pero se señalaba que la nao de Pedro de Deva había sido tasada a la baja en más de 60 toneles de menos, según el juicio de todos los mercaderes que habían cargado en ella y se advertía que Deva era hombre pobre (16).

No debe extrañar la presencia del heredero del señor de Loyola, guipuzcoano, en una armada vizcaína. Su madre, Marina Sayz de Licona, como he indicado, era de familia originaria de Lequeitio, la patria de Artieta.

Nacido hacia 1469, Juan Pérez de Loyola murió en 1496 en Nápoles, donde, por disposición testamentaria, debía ser enterrado en la iglesia de Santa María la Nova, de los observantes franciscanos (17).

Formaba parte de la armada de Íñigo de Artieta desde julio 1493, en que se aprestó en Bermeo, por orden de los Reyes Católicos, para prestar servicio a donde se enviase (18). Destinada a la bahía de Cádiz, con la misión de dar escolta de protección a la armada que se aprestaba en Sevilla para el segundo viaje colombino, el arcediano de Sevilla, Juan Rodríguez de Fonseca (19), recibió

(14) «Alarde que se rescibió de la xente del Capitán Xoan Pérez de Loyola en catorce de Jullio de noventa y tres años, en nombre del Rey y de la Reyna Nuestros Señores, e del Doctor de Villalón por Xoan de Arbolancha». *Colección de Documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* (en adelante *CoDoIn América*), Madrid 1878; XXX, pp. 372-435. Como bien se indica en *Colección documental del descubrimiento (1470-1506)*, director de la edición J. Pérez de Tudela; 3 vols. Madrid, 1994; I (22 de septiembre de 1470-12 de junio de 1494) (en adelante *ColDocDes*) I, n.º 139, p. 445, la transcripción de los nombres tiene errores; véase original en AGI Patronato 9, ff. 110-112. LABAYRU y GOICOECHEA, E. J. DE: *Historia General del Señorío de Bizcaya en Biblioteca de la Gran Enciclopedia Vasca*, Bilbao 1968, t. III, pp. 483-487.

(15) Véase *Fontes doc.*, pp. 191, 794. Entre los Loyola mencionados en Azpeitia, entre 1500 y 1515, hay un Miguel: AHL, CROS, L.: *La famille paternelle de S. Ignace* (mss), p. 18.

(16) Presupuesto sobre el costo de la Armada que se prestó en Vizcaya y de la que fue capitán Íñigo de Artieta Julio 1493, *ColDocDes*, n.º 140, pp. 446-449. *CoDoIn América* XXX, pp. 372-435. LABAYRU: *Historia... de Bizcaya* III, pp. 483-487.

(17) Testamento de Juan Pérez de Loyola, Nápoles 21 de junio de 1496. *Fontes doc.*, pp. 139-146, 781-782.

(18) Pleito homenaje que hicieron los capitanes de la Armada de Vizcaya y alardes de la gente embarcada. Bermeo, 12 y de 14 de julio de 1493. *ColDocDes*, n.º 139, pp. 441-449.

(19) Juan Rodríguez de Fonseca (1451-1524), hijo de Hernando de Fonseca y Ulloa, II señor de Coca y Alaejos (†1463), y de su segunda esposa, doña Teresa de Ayala, nació en Toro. Protegido de fray Hernando de Talavera, arzobispo de Granada, fue provisor de Granada y arcediano de Sevilla. Capellán de la reina Isabel desde 1484, se ordenó sacerdote en Barcelona el 6 de abril de 1493 y fue obispo de Badajoz (1495), Córdoba (1499), Palencia (1504) y Burgos (1514). Retirado en Palencia durante el reinado de Felipe y Juana, volvió a la Corte durante la gobernación de Fernando (1507-1516). Actuó en los asuntos de Indias, y en unión de su hermano Antonio, Contador Mayor de Hacienda de Castilla, intervino en el proceso de Las Casas. TERESA LEÓN, T.: *El obispo D. Juan Rodríguez Fonseca, diplomático, mecenas y ministro de Indias*. Hispania Sacra 13 (1960), pp. 251-304.

orden de los Reyes de marchar a Cádiz, en compañía de Juan de Soria, secretario del príncipe Don Juan, para hacer el alarde de la armada vizcaína (20).

Talento organizativo, Juan Rodríguez de Fonseca, no obstante su condición de eclesiástico, elevado a la dignidad episcopal, tuvo a su cargo la organización de las armadas de mar. Su crítico Bartolomé de Las Casas reconoce esta habilidad y comenta que «era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por el mar, que era más oficio de vizcaíno que de obispos, por lo cual siempre los Reyes le encomendaron las armadas, que por mar se hicieron, mientras vivieron» (21).

En septiembre de 1493 se confió a la armada de Vizcaya la misión de acudir a la costa granadina para el transbordo de Boabdil, con su familia y séquito, al norte de África (22). El 18 de septiembre la armada estaba ya surta en Fuengirola. El paso se ejecutó hacia mediados de octubre: Boabdil embarcó, en el puerto de Adra, con su familia y corte (1.130 personas en total) en la carraca de Íñigo de Artieta. Juan Pérez de Loyola llevó, en su nao, desde el puerto de Almuñécar, 450 personas. Se transbordaron un total de 6.320 granadinos. La mayoría acompañó a Boabdil al Reino de Fez, algunos fueron a Turquía y otros a Bugía (23).

En diciembre, los Reyes encargaron a Artieta la conducción de gente y mantenimientos a la isla de Canaria, a disposición del adelantado Alonso Fernández de Lugo, para la conquista de Tenerife (24). En febrero Artieta envió a Juan Pérez de Loyola al Puerto de Santa María para embarcar pertrechos (25). La conquista se intentó esa misma primavera de 1494, con la derrota y pérdida de gente en la famosa «matanza» de Acentejo (26).

Concluidas estas comisiones, los Reyes dieron, en junio, orden de pagar a la armada y licenciarla (27), pero un mes más tarde, en julio de 1494, manda-

(20) Provisión de los Reyes al arcediano Fonseca para que tome nuevo alarde de la armada de Vizcaya que se encuentra ya en Cádiz. Barcelona, 4 de agosto de 1493. En la misma fecha Reales cédulas a Fonseca, Juan de Soria, Artieta y capitanes de la armada sobre lo mismo. *ColDocDes* I, nn. 150-154, pp. 460-461. *CoDoIn América* XXX, pp.188-192.

(21) FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Obras escogidas. Historia de las Indias*, 2 vols. Edic. J. Pérez de Tudela, Madrid 1957 (Biblioteca de Autores Españoles [BAE], pp. 95-96) I, cap. LXXVIII, p. 233.

(22) Carta de los Reyes a Colón. Barcelona, 18 de agosto de 1493. *ColDocDes*, n.º 164, pp. 477-479. Cédula real haciendo a Don Juan de Fonseca varias prevenciones sobre la Armada. Lugar y fecha como arriba, *ibídem* n.º 165, pp. 479-480. Real Cédula avisando a Don Juan de Fonseca del estado de los asuntos con Portugal y sobre las armadas dispuestas. Barcelona, 5 de septiembre de 1493, *ibídem*, n.º 170, pp. 485-486.

(23) REMIRO, G.: «Partida de Boabdil allende con su familia y principales servidores», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino* 2 (1912), pp. 57-111, 72-74, 92-97. CARRIAZO, J. DE M.: *Historia de la Guerra de Granada* en MENÉNDEZ Y PIDAL, R.: *Historia de España* XVII/1, III, pp. 909-910.

(24) Zaragoza, 28 de diciembre de 1493. *RGS* vol. X, n.º 3266, f. 51.

(25) Véase PÉREZ DE TUDELA BUESO, J.: «La Armada de Vizcaya» en *El Tratado de Tordeillas y su proyección* (Segundas Jornadas Americanistas, Valladolid 1973), t. I, pp. 33-92, 66.

(26) Véase, p.ej., SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Los Reyes Católicos. La expansión de la fe*, Madrid 1990, pp. 252-253.

(27) Los Reyes a Hernando de Talavera, a Fonseca y a Artieta, Medina del Campo, 21 de junio de 1494, en PÉREZ DE TUDELA: «La Armada de Vizcaya», pp. 86-88.

ron a Fonseca retenerlos y hacer nuevo alarde (28). La armada de Vizcaya se destinaba a Sicilia, con las otras armadas, a las órdenes del Almirante de Aragón, Galcerán de Requesens, conde de Trivento. Su misión era el transporte de las tropas destinadas a Italia y secundar las operaciones de las mesnadas de Gonzalo Fernández de Córdoba, formadas, en su mayoría, por jinetes andaluces y peones vizcaínos, veteranos de Granada (29). La armada de 60 velas zarpó de Cartagena, el 30 de marzo de 1495, a las órdenes de Requesens. Éste, conduciendo la vanguardia, llegó antes a Sicilia. Gonzalo de Córdoba, con el resto de las naves, se reunió con él en Mesina el 24 de mayo, después de tocar en Mallorca y Cerdeña (30). La armada de Vizcaya participó en el bloqueo de Gaeta (31).

Fallecido el maestre Pedro de Deva, dueño de la nao mandada por Pérez de Loyola, el Consejo Real había ordenado en febrero de 1494, al capitán general Artieta, que obligase a Loyola a entregar la embarcación a María Juan de Deva y Linda (sic), viuda del maestre, para poder cumplir el testamento y enterrar a su marido en la Iglesia de Santa María de Deva (32).

Con esta ocasión, Juan Pérez de Loyola pudo adquirir esta nao como propia, si no poseía otra anteriormente. Los gastos iniciales del apresto de la nao habían corrido por su cuenta. Así se desprende de su testamento, otorgado en Nápoles a 21 de junio de 1496. Para cumplirlo, ordenaba a sus albaceas, entre otras cláusulas, vender bien su nao y obtener de sus Altezas lo que le debían (33). Todavía en 1498 no habían acabado los pleitos contra el testamento, en la persona del señor de Loyola, Beltrán Yáñez de Oñaz, heredero universal de su hijo, ocasionados por un dinero librado para el pago de la gente que había ido con el difunto a Nápoles. El Rey ordenaba al corregidor de Guipúzcoa que resolviera en justicia (34).

Los Parientes Mayores y el mar

El hecho de ser Juan Pérez de Loyola capitán de mar en esas fechas, cuando tenía unos 25 años, suponía que el primogénito del señor de Loyola había

(28) Real provisión. Segovia, 4 de julio de 1494. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, M.: *Obras*. Tomo I. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*. II. *Documentos de Colón y de las primeras poblaciones* (Madrid, 1954; BAE, 75). Número LXXVIII, pp. 392-393. El alarde anterior se había realizado en agosto de 1493.

(29) Los Reyes a Fonseca. Segovia, 7 y 27 de agosto de 1494. PÉREZ DE TUDELA, pp. 88-92. LADERO QUESADA, M. A.: *Defensa de Granada a raíz de la conquista en Granada después de la conquista: repobladores y mudéjares*, Granada (Diputación Provincial) 1993, pp. 230-233. Hay constancia de la presencia de peones vizcaínos y guipuzcoanos en la guerra de Granada. Íd.: *Castilla y la conquista de Granada* (Diputación Provincial) 1993, pp. 260, 272, 283.

(30) FERNÁNDEZ DURO, C.: *La Marina de Castilla desde su origen y pugna con la de Inglaterra hasta la refundición en la Armada española*. Madrid, 1894, t. 1, pp. 15-17, 355; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L.: *Los Reyes Católicos. El camino hacia Europa*, Madrid 1990, pp. 50-51, 65, 73-75.

(31) LABAYRÚ: *Historia... de Bizcaya* III, p. 515.

(32) Valladolid, 14 de febrero de 1494. RGS vol. XI, n.º 384, f. 348.

(33) Testamento de Juan Pérez de Loyola, Nápoles 21 de junio de 1496. *Fontes doc.* p. 144.

(34) Zaragoza, 6 de octubre de 1498. RGS vol. XV, n.º 2458, f. 292.

estado embarcado anteriormente en otras armadas, sin duda en la de Guipúzcoa, durante la guerra de Granada. Desde la apertura de hostilidades de Castilla con el reino Nazarí, en 1482, habían intervenido marinos guipuzcoanos y vizcaínos con sus naos. En febrero de 1490, los contadores firmaron, en Sevilla, un asiento con los capitanes guipuzcoanos de la armada, Garci López de Arriarán, señor de Arriarán, y Juan de Lezcano, para el bloqueo y guarda del Estrecho (35).

Es interesante notar que las familias de ambos marinos estaban ligadas a los Loyola. Arriarán y Lezcano, o Lazcano, eran linajes de Parientes Mayores guipuzcoanos del bando Oñacino, al que pertenecía el abuelo de Íñigo, Juan Pérez de Loyola, señor de Loyola, hijo de Lope García de Lazcano. Debido a las alteraciones que provocaron los Parientes Mayores entre sus dos facciones banderizas, capitaneadas por los Gamboa y los Oñes (u Oñaz), y a la lucha de ambos contra las villas vascongadas, Enrique IV desterró a Andalucía en 1457, a la villa de Jimena, en la frontera del reino de Sevilla con Granada (hoy Jimena de la Frontera, provincia de Cádiz), a un grupo de Parientes Mayores banderizos. Entre ellos a Juan Pérez de Loyola, señor de Loyola, a Juan López de Lazcano, señor de Lazcano, y a Lope de Arriarán. Debían permanecer en dicha villa cinco años «en servicio de Dios e mío y en defensión de la fee cathólica, guerreando con vuestras personas e con vuestros cavallos e armas, a vuestra costa, contra los enemigos de la fee cathólica», so pena de perder la cabeza (36).

García López de Arriarán, vecino de San Sebastián, era hijo mayor de Juan López de Arriarán y nieto de Lope de Arriarán. Había sucedido a su padre, en 1488, por título de mayorazgo, en el patronazgo de San Pedro de Arriarán con sus rentas y en la casa solar del mismo lugar (37). Servía en la guerra de Granada desde 1482 y, en 1493, sus naos participarán, juntamente con las de Artieta, en el paso de Boabdil a Africa. Juan de Lezcano intervino con las suyas en la campaña de Italia de 1495-1496. En 1511, mandó la armada vascongada que transportó de Inglaterra a Cádiz mil arqueros ingleses proporcionados por Enrique VIII a su suegro Fernando el Católico para la empresa de África (38).

Además de su origen patrio y la conexión de sus mayores con los Loyola, ambos marinos estuvieron, pues, relacionados con Juan Pérez de Loyola en razón de sus empleos. No es inverosímil que Lezcano pudiera haber tenido ocasión de encontrar a Íñigo en Sevilla, en 1511. Lo mismo pudo ocurrir con otros capitanes de mar y, por supuesto, con el omnipresente organizador de armadas, Juan Rodríguez de Fonseca, de cuya relación, en 1493-1494, con la armada de Íñigo de Artieta, de la que formaba parte Juan Pérez de Loyola, consta documentalmente.

(35) SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada*. Madrid, 1989, pp. 151, 236, 254 not. 10. LADERO QUESADA: *Castilla y la conquista*, 148. LABAYRU: *Historia... de Bizcaya*, III, pp. 482-485.

(36) *Fontes doc.*, pp. 54-64.

(37) Los Reyes. Valladolid 23 de diciembre de 1488. RGS V, n.º 4495, f. 73.

(38) Los otros capitanes fueron Juan López de Aguirre, Sancho Aguirre y Beltrán de Artea-ga. FERNÁNDEZ DURO, C.: *Armada española desde la unión de los Reinos de Castilla y de León*, Madrid 1895-1900 (en adelante: FERNÁNDEZ DURO: *Armada española*) I, pp. 36-40, 50-51.

Peregrino a Jerusalén: las congojas del mar

Íñigo de Loyola, en la llamada *Autobiografía*, esto es, en sus memorias relatadas al final de sus días, en 1554, a uno de sus colaboradores más estrechos en Roma, el portugués Luis Gonçalves da Câmara, ofrece datos sobre sus experiencias marineras y abre horizontes para una investigación más a fondo y amplia sobre sus relaciones con el mar y sus hombres.

Me refiero, en primer lugar, a su peregrinación a Tierra Santa, en 1523, que quiso hacer como pobre, viviendo de pura limosna y consiguiendo de los maestros su pasaje gratis. Íñigo conoció las incomodidades de la vida a bordo de la gente sin importancia y no escapó a las congojas anejas a la navegación: veinte años después mantenía vivo el recuerdo de las tempestades sufridas y de naufragios, a los que escapó su propia nave, o naufragios de naves apalabradas en las que, por diversas circunstancias, no llegó a embarcarse.

Estas experiencias, narradas por el mismo Íñigo y conocidas en España y en el resto de Europa desde fines del siglo XVI, a través de las varias de las biografías castellana (1583) y latina (1587) de su discípulo P. Pedro de Ribadeneira, y sus reediciones, fueron plasmadas por artistas de nota con motivo de su beatificación (1609) y canonización (1622), entre ellos P.P. Rubens y la dinastía flamenca de los van Galle. En el presente trabajo se reproducen algunos de estos documentos iconográficos por su interés artístico e histórico, ya que constituyeron una verdadera técnica de comunicación visual adaptada al gran público del siglo XVII para darle a conocer los hechos fundamentales de la vida de Ignacio de Loyola y los milagros que se le atribuían. Del aspecto iconográfico trato con más detalle en el párrafo siguiente.

Su peregrinación a Jerusalén comenzó en Barcelona. Debido a la guerra de Francisco I con el emperador Carlos V, su viaje por mar, de España a Italia, ofrecía peligros. Para su navegación Íñigo había ajustado su pasaje con el maestro de un bergantín por sólo el bizcocho para su manutención y había metido a bordo algunos libritos, parte de su equipaje. Pero unos devotos le procuraron una nave más grande donde viajaba un pariente y le convencieron de que la aceptara. El bergantín partió a los pocos días y se perdió en el horizonte a la vista de Barcelona. La nave se dio a la vela hacia el 20 de marzo de 1523 (39) y llegó a Gaeta en cinco días con viento recio en popa y «con harto temor de todos por la mucha tempestad» (40).

(39) La figura 2 (n.º 22 de Rubens) representa a Íñigo dejando, en un banco de la playa, las monedas que le sobraron de la limosna recogida para comprar el bizcocho para su manutención exigido por los maestros del bergantín y, luego de la nave, como condición para llevarlo gratis. Véase *Acta P. Ignatii*, cap. III, nn. 37-38. MHSI, *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initiis*. Ed. Cándido de Dalmases, 4 vol. Roma 1943-1965 (en adelante *Fontes narr.*), 1, 412-413. Para lectores menos especializados, este documento se puede consultar en SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Obras*. Edición manual. Madrid. Ed. 5.ª 1991 (BAC 86). I. *Autobiografía*. Ed. Cándido de Dalmases, pp. 144-145. En adelante, cito esta edición bajo el término *Autobiografía*. Este documento lo utilizó Ribadeneira para su *Vida*, cuya edición crítica, en sus versiones castellana y latina se publicó en MHSI, *Fontes narr.*, 4. Por la razón aducida, utilizo la publicada en la BAC: RIBADENEIRA, P. DE, S.I.: «Vida de San Ignacio de Loyola» en *Historias de la Contrarreforma*, Introducc. y notas de E. Rey, S.I., Madrid 1945 (BAC 5) pp. 27-400.

(40) *Autobiografía*, cap. IV, n.º 38, p. 123.



*Navigaturus in Italiam sola DEI
fiducia pro viatico munitus emen-
dicatam pecuniam in litus abijcit.*

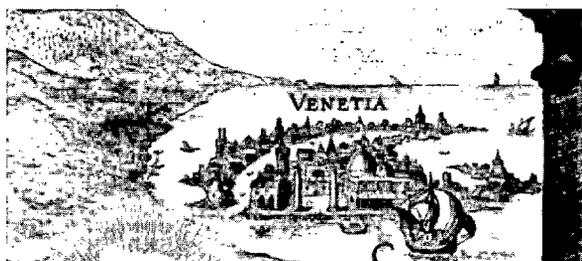
22

Rubens (n.º 22). Embarque de Íñigo de Loyola en Barcelona para Gaeta. Deja en un banco de la playa las monedas que le sobraron

La segunda fase de su periplo cubrió el trayecto Venecia-Chipre-Jaffa. La llamada nave peregrina, la *Galión*, del maestre Jacopo Alberto, había zarpado con sólo 13 peregrinos; los demás se habían retirado temerosos por la toma de Rodas por Solimán el Magnífico hacía sólo unos meses (24 de diciembre de 1522). Otros esperaban la nave capitana. El *dogo* Andrea Gritti, con quien Íñigo tuvo una audiencia concertada por el mercader español que lo había alojado en su casa, dio orden de llevarlo gratis a Chipre en la nave del capitán del golfo, Benedetto Ragazzoni, que conducía al nuevo lugarteniente de Chipre, Nicolò Dolfin (41).



Cornelius van Galle (n.º 5). A-B. Escenas del paso de Íñigo de Loyola por Venecia



Detalle: C. Íñigo zarpa de Venecia en *La Negrona* rumbo a Chipre

(41) *Autobiografía*, cap. IV, n.º 43, pp. 125-126. Para el encuentro con el mercader español y otras circunstancias del viaje a Tierra Santa, véase: SAN IGNACIO DE LOYOLA: *Obras completas*. Tomo I. *Autobiografía-Diario espiritual*. Introducción, notas y comentarios del P. Victoriano Larrañaga, S.I., Madrid 1947 (BAC 24) pp. 211-218, notas 19-31. cfr. GARCÍA-VILLOSLADA, R.: *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía*, Madrid, 1986 (BAC Maior 28), pp. 247-248.

Embarcados Íñigo y ocho peregrinos más en esta nave, llamada *La Negra*, armada con 19 cañones y 32 hombres de tripulación, zarparon rumbo a Chipre el 14 julio. La navegación duró un mes, hasta el 14 de agosto de 1523, en que desembarcaron en Famagusta. En el viaje, Íñigo no experimentó más percance que el de haber vomitado el primer día. Pero esto se debió más bien a su estado de salud que al mareo. Había tenido calenturas altas los días previos a su embarque y, por prescripción facultativa, había tomado una purga la mañana del mismo día en que se decidió la partida de la nave. El consejo del médico había sido categórico: preguntado si podía embarcarse para Jerusalén en esas circunstancias, respondió que «para allá ser sepultado bien se podría embarcar». Pero, dispuesto a toda costa a no perder la última ocasión de su peregrinación a Jerusalén, Íñigo subió a bordo. La razón resultó de su parte: el balanceo del mar le sanó. Prosigue el relato: «mas él se embarcó y partió aquel día; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fue del todo comenzando a sanar» (42).

Otro episodio que recordará Íñigo, años adelante, fue el peligro a que se expuso de que lo abandonaran en alguna isla desierta, a causa de su actitud respecto de «algunas suciedades y torpezas manifiestas que se hacían» y que él «reprehendía con severidad». Los españoles de la nave le descubrieron la amenaza que se cernía sobre su persona y le aconsejaron que moderara sus



*Nauta suas infensum vias in deser-
tam Insulam exposuisti, subito vento re-
pelluntur, ac inuicē licet ad Cyprum uehant.*

25

Rubens (n.º 25). Íñigo de Loyola reprende las immoralidades cometidas en la nave —*La Negra*— en su navegación de Venecia a Chipre



*Hierosolymam nauiganti saepe Christus
dominus videndum se praebet, ac labo-
rum difficultates lenit.*

26

(N.º 26) Cristo se aparece a Íñigo confortándolo durante las dificultades de su navegación a Jerusalén

(42) *Autobiografía*, cap. IV, n.º 43, pp. 127-128.

amonestaciones. Llegaron a la isla, pero se levantó un viento fresco que la empujó a alta mar y arribaron presto a Chipre (43). Como único comentario, Íñigo silencia en su relato la proximidad de la isla y el cambio del viento, y sólo señaló el dato «llegaron presto a Cipro» (44). Esta actividad de Íñigo a bordo se puede considerar el germen de la misión naval de la se ocuparía la Compañía de Jesús desde su fundación en 1540.

La segunda parte de la travesía hasta Jaffa no deparó para Íñigo nada interesante que reseñar. Recorrieron por tierra las 30 millas que separaba a Famagusta de Salinas (hoy Lárnaca), donde encontraron la nave peregrina, en la que navegaron rumbo a Jaffa. Se dieron a la vela el 19 agosto y, en seis días, llegaron a puerto, aunque no los dejaron desembarcar hasta el 31 agosto.

Íñigo visitó los Santos Lugares con los demás peregrinos e intentó quedarse en Tierra Santa, como había sido su propósito, pero el P. Provincial de los franciscanos no se lo permitió. Antes de abandonar Jerusalén, volvió de nuevo por su cuenta, sin acompañante oficial, al Monte Olivete, o de los Olivos, lo que, a causa de las tensiones con los turcos, provocó la preocupación y enfado del superior franciscano que envió un criado armenio para buscarlo y traerlo inmediatamente. El armenio lo asió y lo maltrató. Por el camino, Íñigo imaginaba escenas de la Pasión (45).

La vuelta fue mucho más accidentada. Concluida la visita a los santos lugares, partieron de Jaffa el 3 octubre y llegaron a Lárnaca el 14 del mismo mes, sin más incidencias que la escasez de agua maloliente que les daban mezclada con vinagre. En el puerto esperaban tres naves con destino a Venecia: una grande del mercader veneciano Jerónimo Contarini; otra grande turca y una muy pequeña, cuyo patrón admitió gratis a Íñigo, a lo que se había negado anteriormente el maestre de la mercante de Contarini, burlándose de su pretensión y de las recomendaciones de otros: si era tan santo, como decían, no necesitaba nave, que caminara por el agua como San Pedro...

Una mañana de principios de noviembre de 1523 se dieron a la vela con viento próspero; pero, a la tarde, se levantó un fuerte temporal que desperdigó las naves. La mercante de Contarini se perdió frente a las costas de Chipre, salvándose la gente. La turca se hundió con toda la tripulación y pasaje. Sólo la pequeña superó la tempestad (46) y llegó a tierra, en la Apulia, en medio del invierno. Mediado enero de 1524, Íñigo llegaba a Venecia, después de haber estado en la mar, desde Chipre, todo el mes de noviembre y diciembre y lo que corría de enero (47).

Para marzo, Íñigo había llegado, por tierra, a Génova donde se embarcó para Barcelona en una nave que le proporcionó un marino antiguo conocido suyo, Rodrigo de Portuondo, del que me ocuparé enseguida. Es muy verosímil

(43) Valtrino *Vita*, cap. 12, n.º [49]. *Fontes narr.* 3, 376.

(44) *Autobiografía*, cap. IV, n.º 44, p. 126.

(45) *Autobiografía*, cap. IV, nn. 45-48, cap. V n.º 49, pp. 127-130. La composición del diseño, obra del flamenco Theodor van Galle, representa estas escenas además de la tempestad sufrida a la vista de Chipre. Véase apartado siguiente.

(46) La figura 4 es un grabado de Theodor van Galle con las escenas de la visita a los santos lugares y la tempestad. La figura 5 es de Rubens y representa la misma tempestad.

(47) *Autobiografía*, cap. V, nn. 49-50, pp. 129-130.



Theodor van Galle (n.º 6). A-C.
Escenas de Íñigo de Loyola en
Tierra Santa



Detalle: D. Tempestad y naufragio
a la vista de Chipre



*In Hispaniam rediturum a nauis Veneta optime in-
structa Nauarchus excludit, respondetq; sanctitatem viri
extollentibus. Si sanctus est quid nauim petit, ac
mare sicco vestigio non calcet! Quare in aliam re-
lictam ac laceram admittitur. Sed hæc incolumis in His-
paniam appellit Veneta quamuis valida naufragiū facit.* 29

Rubens (n.º 29). La tempestad y naufragio a la salida de Chipre

que esa embarcación fuera la carabela del dux de Génova, Antonioto Adorno, que zarpó hacia el 8 de marzo con el correo imperial Bernardino de Albornoz, que llevaba la noticia de la elección del nuevo papa, Clemente VII (48). Así se entiende mejor que Andrea Doria, entonces al servicio del rey francés Francisco I, le diera caza, como indica la *Autobiografía* (49). Arribaría a Barcelona hacia el 18 de marzo, día en que el virrey de Cataluña, don Antonio de Zúñiga, acusaba recibo de las cartas de Italia (50), lo que también cuadra con la fecha consignada en este documento por Ignacio: «el año del 24 en la cuaresma llegó a Barcelona» (51).

Íñigo de Loyola había empleado en sus peregrinaciones más de un año, del que unos cuatro meses y medio fueron de navegación. También tuvo la experiencia de los mares nórdicos: en el verano de 1531 cruzó el canal de la Mancha de Flandes, o Ruan, a Londres y regreso (52). En otoño de 1535 realizó su último viaje por mar de Valencia a Barcelona y de aquí a Génova, en una nave grande. Esta vez, la inseguridad de la travesía mediterránea no provenía de Andrea Doria —que, en 1528, había desertado del rey francés y se había aliado al emperador—, sino de las galeras de Jair al-Din (Barbarroja) que dominaban el Mediterráneo. Por ello, sus amigos valencianos le desaconsejaron el embarque, sin conseguir disuadirle ni hacerle dudar «por muchas cosas que le dijeron, suficientes para ponerle miedo». Pero, en último término, no fueron las galeras de Barbarroja, sino la tempestad la que dio caza y azotó la nave grande de Íñigo exponiéndole a mayor riesgo de naufragio que en las dos ocasiones anteriores, pues la fuerza del temporal quebró el timón de la nave (53). Con la experiencia de las tempestades pasadas, Íñigo pudo hacerse cargo de la contingencia de la nave y así afirmó, años más tarde, recordando el trance corrido en aquella navegación, «que, a su juicio y de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podía huir de la muerte» (54).

La iconografía naval de Ignacio de Loyola y su patronazgo de los navegantes

Entre los hechos protagonizados por Íñigo de Loyola tuvieron especial relieve para los artistas los relacionados con el mar y sus peligros, como se

(48) Lope de Soria a Gattinara. Génova, 7 de marzo de 1524. Bibl. Real Academia de la Historia. *Col. Salazar y Castro* (en adelante Bibl. RAH *Col. Salazar y Castro*). A-30 f. 398. Soria, embajador del emperador en Génova, se lamentaba de no contar con navíos con una buena paga para sus capitanes y evitar así que sufriera retraso la correspondencia de Italia con el emperador, aunque el estado de la mar había sido la causa reciente de que los correos no hubieran podido salir en mucho tiempo. Íd. a Íd. Génova, 8 de febrero de 1524. *Ibidem*. Soria había negociado con el dux Adorno el destino de dos o tres carabelas asalariadas para el servicio de correos entre Génova y Barcelona. Íd. a Carlos V (extracto). Génova, 3 y 25 de febrero de 1524. *Ibidem*, ff. 283-284v.

(49) *Autobiografía*, cap. V, n.º 53, pp. 131-132.

(50) En esa fecha, por la noche, el virrey de Cataluña anunciaba al emperador que había recibido carta de Hugo de Moncada: Zúñiga a Carlos V. Barcelona, 18 de marzo de 1524. Bibl. RAH, *Salazar y Castro* A-30 f. 427. *CoDoln, España XXIV*, p. 346.

(51) *Autobiografía*, cap. VI, n.º 57, *Obras* 134.

(52) Cfr. *Ibidem*, cap. VIII, n.º 76, p. 146.

(53) *Ibidem*, cap. VIII, nn. 90-91, pp. 163-165.

(54) *Ibidem* cap. III, n.º 33, p. 120.

puede observar por las ilustraciones. El naufragio de las grandes naves frente a Chipre y la incolumidad de la pequeña donde iba Íñigo, impresionó la imaginación de los artistas y del público y los casos de tempestades calmadas atribuidos a su intercesión llevó a considerarle *Patrón de los navegantes*. Su nombre quedó también vinculado al mar gracias a las embarcaciones que lo adoptaron.

Los grabados que acompañan este trabajo proceden de dos series fundamentales: la de Madrid y la de Roma (55). La primera serie de 14 estampas, con tres o cuatro escenas cada una, siguiendo la tradición medieval de la *narratio continua*, la encargó el P. Pedro de Ribadeneyra a los burilistas flamencos Theodor y Cornelis van Galle, ayudados por Adrian y Jan Collaert y Karel van Mallery. La ejecución siguió el modelo de los 16 lienzos pintados, hacia 1600, por el artista madrileño Juan de Mesa de orden del mismo Ribadeneyra. Cada uno de los episodios, basados en la *Autobiografía* y representados en las estampas (marcados por las letras A, B, C), se explica en el pie remitiendo al libro y capítulo correspondiente de la *Vida latina* de Ribadeneyra (1587). La serie se imprimió en Amberes, en forma de libro, en 1610 y, de nuevo, en 1622, por Jan van Galle, uno de la dinastía (56).

La segunda serie, más conocida y extendida dado su carácter «semi-oficial», recomendada por el P. General, el napolitano Claudio Aquaviva, fue encargada al entonces joven artista Pedro Pablo Rubens y grabada, al parecer, por J.B. Barbé, para ilustrar la vida latina de Ignacio de Loyola preparada, en Roma, por los PP. Mikolaj Leczyki (Nicolás Lancicio) y Filippo Raynaldi, rector del Colegio Germánico de Roma, con motivo de la beatificación de Ignacio de Loyola en 1609 (57). Consta de 79 grabados numerados. Llevan rótulos, al pie, sin otras referencias. Cuatro de las escenas se dedican al tema del mar, los números 22, 25, 26 y 29. En la edición de 1622, año de la canoniza-

(55) Véase RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, A.: «La iconografía de San Ignacio de Loyola y los ciclos pintados de su vida en España e Hispanoamérica en Ignacio de Loyola y su tiempo». Congreso Internacional de Historia (9-13 de septiembre de 1991). Universidad de Deusto, Bilbao 1992, pp. 108-127, 110-113.

(56) *Vita Beati Patris Ignatii Loyolae Religionis Societatis Iesu fundatoris ad vivum expressa ex ea quam P. Petrus de Ribadeneyra eiusdem Societatis theologus ad Dei gloriam et ad piorum hominum usum ad utilitatem olim scripsit; deinde Madriti pingi, postea in aë incidit et nunc demum typis excudi curavit Antuerpiæ apud Ioannem Gallæum*. De la edición de 1622 existe una reproducción litográfica: CREIXELL, J., S. J.: *Album Histórico Ignaciano*. Barcelona, 1950. Agradezco al P. Hugo Storni, Bibliotecario del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús, de Roma, sus continuas atenciones y el haberme facilitado fotografías de esta serie (edición de 1610), así como de las de Kilian y Querck indicadas en notas siguientes.

(57) *Vita Beati P. Ignatii Loiolae Societatis Iesu fundatoris* (Romae 1609). Hay una edición facsimilar reciente de los grabados con sus leyendas: RUBENS, P. P. y BARBÉ, J. B.: *Vida de San Ignacio de Loyola en imágenes*. Estudio preliminar por A.M. Navas Gutiérrez, S. I., Granada, 1992. Otra edición más reciente: *Vida de San Ignacio de Loyola en grabados del siglo XVII. Dibujante Peter Paul Rubens, grabador en cobre Jean Baptiste Barbé...* Edición preparada por Juan Iturriaga, S.I. Bilbao 1995. Agradezco al P. Wiktor Gramatowski, director del Archivum Romanum Societatis Iesu (ARSI), su amabilidad en haberme proporcionado fotografías del ejemplar de la *Vita* que se custodia en este Archivo, así como a la doctora Lydia Salviucci-Insolera, profesora de Historia del Arte en la Pontificia Universidad Gregoriana, sus indicaciones y la cesión de algunas de las reproducciones en su poder.

ción de Ignacio de Loyola por Gregorio XV, se añadió el grabado número 80, con la representación de dicho acto.

Este mismo año, Wolfgang Kilian publicaba, en Ausburgo (1622), en forma de libro con rótulos en alemán, una serie de cien estampas numeradas (58). A los grabados de Rubens (edición de 1622) que reproduce, en parte, añadió otros relativos a su infancia y juventud, viajes de París a Ruan y Flandes, etcétera, y un ciclo de milagros atribuidos al santo. El número 96, inspirado en el número 33 de la serie —la tempestad a la salida de Chipre (número 29 de Rubens: fig. 6)—, representa al santo entre las nubes amparando a los que le gritan desde la nave en peligro invocando su protección (fig. 7) con una leyenda explicatoria en alemán: «Aquellos que se confían a la oración de San Ignacio son salvados de modo portentoso de naufragios seguros».

Esta misma serie fue reproducida en Viena, en 1698, por el P. Ignatius Querck S. J. con leyendas al pie, en verso latino y, en la página de la izquierda, poemas también en latín basados en los clásicos con aplicaciones a San Ignacio (59). El grabado número 96 lleva por título «S.IGNATIUS Patronus Navigantium». Los versos latinos del pie contienen una idea central: al grito de ¡Ignacio! el mar enmudece. Los versos de la izquierda, muy del gusto de la época, están basados en la *Eneida* de Virgilio. Aluden a la fábula de Neptuno protegiendo a Eneas en su balsa zarandeada por los vientos a quienes expulsa de su reino marino. Pero el verdadero dominador del mar y protector de los navegantes es S. Ignacio. El poema concluye: «Con este Jefe [Ignacio] la armada gozará de prósperos mares» (60).

Tempestades calmadas

Este grabado de Kilian y su rótulo —más claramente en la edición de Querck— evoca uno de los tres casos de tempestades calmadas y naves en

(58) *Leben Des Heiligen Ignatius Lojolae Stifster des Societeit Jesu*. Auspurg MDCXXII.

(59) *Vita Santi Ignatii Loiolae Societatis Iesu Fundatoris*. Viena 1698. El P. Querck publicó dos ediciones este mismo año: una con sólo los grabados, la otra acompañada de poemas latinos inspirados en los clásicos. Empleo esta edición.

(60) Para curiosidad de los lectores no familiarizados con el latín, he aquí la versión castellana. 1. *Leyenda al pie del grabado*: «En Ignacio tienes, en uno, a Cástor y Pólux, astros propicios para el navegante. Allá el ímpetu de la tempestad aterroriza la nave/no es un juego. Pero, apenas el mar oye a los náufragos gritar ¡IGNACIO!, enmudece al punto por reverencia a tan gran nombre: las tempestades se calman con este celestial Alción portador de bonanza». 2. *Página izquierda*. a) Versión latina del rótulo de Kilian: «Aquellos que se encomiendan a sus oraciones, son liberados de naufragios inminentes». b) «Aplaca los mares encrespados» (Virgilio, *Eneida* canto I). «Apresurad vuestra fuga, Céfito, Euro y Noto y no volváis a conculcar más mis reinos con semejante cabalgada. Soy el rey del piélago, decidlo a vuestro rey. Ningún derecho tiene Hipotades a mi Tridente. Que él gobiérne, en estrecha cárcel, a los batalladores vientos. A Nos pertenece poner freno a los dioses marinos. Tales cosas sentencia Neptuno vivamente irritado al ver a Aquilón destrozár la balsa de Eneas. Y tan pronto lo pronuncia, abate las iras de la aguas altaneras y devuelve al mar su serena faz primera. Las hazañas de Neptuno que narra la fábula poéticamente, lo escribe de Loyola la fe patente. Él doma las amenazas del Océano y pone a salvo, en la orilla, a los frágiles miembros de la maltratada balsa. Celebrad marineros con canciones de mar su imperio. Con este jefe gozará la armada de prósperos mares».



Die jene so sich des heiligen Ignatij Gebett be-
fehle/werden auß augenscheinlichen Schiffe-
bruchen wunderbarlich erlöset.

Kilian (n.º 96). Ignacio de Loyola ampara a los que le invocan en los peligros de naufragio

96 50
*A naufragiis imminentibus precibus ipsius
 se commendantes mirabiliter liberantur.*

Tumida æquora placat. Virgil. 1. Æne



Maturate fugam! Zephyrusque, Eurosque, Notusque!
 Rex mea post simili regna subite pede,
 Nec ego sum pèiagi; vos Regi dicite vestro:
 Nulla mei Hippotades jura Tridentis habet.
 Ille regat, clauisio luctantes carcere ventos,
 Nostrum erit æquoreis ponere fræna diis.
 Talia Neptunus grauius commotus acervat,
 Vidit ut Æneæe strangi Aquilone rates.
 Sic facies rediit prima, quiésque mari.
 Hoc de Løjola scribit aperta factum,
 Oceani domat ille minas, tutoque reponit
 Littore, quassatæ membra cactuca ratis.
 Hujus in auspiciis cantate celeusmate nauæ;
 Hoc Duce propitias classis habebit aquas.



96 50
S. IGNATIUS Patronus navigantium.



Habes uno in IGNATIO fortunata nautis sydera,
 Castorem, & Pollucem.
 Illo freta puppis procellarum terror est,
 Non Iudibrium.
Vix enim à naufragis inclamari IGNATIUM
 Mare audit,
 Et illico tanti nominis reverentiâ obmutescit:
 Cedunt tempestates,
 Cælesti hoc Aleyone malaciam inducente.

Querq (n.º 96). La misma escena con leyendas en verso latino

peligro salvadas, atribuidos a la intercesión de Ignacio de Loyola, cuyas informaciones jurídicas se enviaron a Roma en orden a su beatificación (61): el del pequeño navío *Santa María de Regla*.

Esta embarcación había zarpado, en septiembre de 1598, del puerto de Trinidad, Cuba, con destino a Cartagena de Indias llevando a bordo a numerosos pasajeros religiosos y seculares, entre ellos al arzobispo electo de Santa Fe de Bogotá, Don Bartolomé Lobo Guerrero y a los jesuitas Alonso Medrano y Francisco de Figueroa que traía consigo de México. El 23 de septiembre, a la vista de Jamaica, sobrevino un fuerte huracán que duró tres días con sus noches, quebró el árbol mayor y la gavia del trinquete y destrozó las velas, pasando el oleaje por encima del navío con peligro inminente de anegararlo. El piloto, Domingo Rodríguez, dejó el navío a su aventura, desesperando de todo recurso humano. En medio del apuro, los jesuitas recordaron la tempestad y naufragios frente a Chipre de que se libró la pequeña embarcación de Ignacio y comenzaron a invocar a gritos su nombre instando al arzobispo electo y a los restantes pasajeros a hacer lo mismo. Todos se unieron al clamor y, al grito de ¡Ignacio!, el mar se serenó de repente. Se hicieron informaciones jurídicas del hecho en Santa Fe ante el mismo arzobispo Lobo y, en Cartagena, ante el obispo Juan de Ladrada, O.P. (62).

De los otros dos casos, uno tiene relación con el anterior por tratarse de los mismos protagonistas: los padres Medrano y Figueroa. Enviados en misión a España, se embarcaron en Cartagena en el galeón *Nuestra Señora de Aránzazu*, de 500 toneladas, del capitán Pedro Sánchez Escudero, perteneciente a la Armada de Tierra Firme de la guarda de la carrera de las Indias, capitán general Marcos de Aramburu. La armada zarpó de Cartagena de Indias hacia fines de agosto o primeros de septiembre de 1600. El galeón padeció dos tempestades muy peligrosas. La primera en el canal de Bahama: cercados de bajíos, con fuerte corriente por la popa y viento contrario por la proa. La segunda en las Terceras, donde se levantó un viento repentino que rompió la vela mayor arrastrando al galeón contra la costa. El P. Francisco de Figueroa sumergió en el mar, en ambas ocasiones, una reliquia de Ignacio de Loyola y vino enseguida la calma (63).

El tercer caso fue el del galeón de Nueva España *Santo Tomás*, de la carrera de Filipinas, en que venía embarcado el P. Gregorio López con nueve compañeros y numeroso pasaje de religiosos y seglares. En 1601, en su viaje de Acapulco a Manila, después de 62 días de navegación, el 30 de abril y el 1 de

(61) La relación de las tres tempestades calmadas en *Acta Sanctorum Mensis Iulii VII*, Antuerpiae MDCCXXXVII, pp. 798 y 813.

(62) RIBADENEYRA, P. DE: *Vida del glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola*, Madrid 1622, pp. 108v-110. El proceso original de Santa Fe se encuentra en el Archivo de la Postulación General de la Compañía de Jesús, Roma, Procesos *San Ignacio de Loyola*, vol. 12, ff. 282r-v, 431-440v.

(63) *Ibidem*, pp. 110v-111v. Para los particulares de los nombres de la armada y los jefes, no indicados en Ribadeneira, cfr. CHAUNU, H. y P.: *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*. IV. *Le trafic de 1596 à 1620*, Paris 1956, pp. 108-109.

mayo el *Santo Tomás*, azotado por el temporal, estuvo a punto de destrozarse contra los escollos junto a Catanduanes en la contracosta de Manila, en el surgidero que se denominó luego de San Ignacio. El licenciado Antonio de Ribera Maldonado, oidor de la Audiencia de México, que iba de general, se encomendó a Ignacio de Loyola así como otros religiosos y seglares del galeón y se expuso su imagen. El capitán del galeón, Francisco Cadena, veneciano, así como el piloto mayor y otra gente de mar consideraron las diversas vicisitudes favorables que fueron surgiendo en medio de los peligros, como milagrosas (64).

Hasta aquí las memorias marineras de Íñigo López de Loyola consignadas en su *Autobiografía*, los hechos extraordinarios que se le atribuyeron en relación con el mar y la iconografía respectiva.

Pero todavía el texto de la *Autobiografía* brinda un dato, en apariencia sin importancia, que ilustra la vinculación de Ignacio al mundo del mar: su encuentro con un marino conocido suyo de antaño, Rodrigo de Portuondo, que mencioné más arriba.

Rodrigo de Portuondo

El texto indicado se refiere al invierno de 1524, final de la peregrinación de Íñigo a Jerusalén y su vuelta a Barcelona, desde donde había partido un año antes. Éste es su relato:

«y a la fin llegó a Génova, adonde le conoció un viscaíno que se llamaba Portundo, que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del Rey Católico. Éste le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual entonces era francés» (65).

Los historiadores de Íñigo no han concedido importancia a este encuentro y menos a la figura de este vizcaíno que le reconoció en Génova, quizás en el mismo puerto, mientras Íñigo buscaba embarcación. Sin embargo, este dato constituye una de las claves principales para explicar varios aspectos interesantes de la biografía ignaciana, entre otros su relación con el mar y los hombres que, en la Armada, protagonizaron importantes empresas navales, en las que también había intervenido su hermano, Juan Pérez de Loyola, mayorazgo de su casa. Por ello, es conveniente conocer la personalidad de Rodrigo de Portuondo, originario de Vizcaya, pero nacido en Sevilla (66).

De familia de armadores, con casa solar armera en la anteiglesia de Mundaya, donde se encuentra el lugar de Portuondo («junto al puerto», en euske-

(64) Cfr. CHIRINO, P.: *Relación de las Islas Filipinas*, Manila 1969 (Historical Conservation Society, XV) cap. LXV, pp. 165-168. El P. Pedro Chirino, enviado en 1602 a Madrid y Roma como procurador de la Provincia de Filipinas, entregó al P. General, Claudio Aquaviva, la información jurídica del suceso junto con la *Relación* citada.

(65) *Autobiografía*, cap. V, n.º 53, pp. 131-132.

(66) Así lo afirma el cronista ZAPATA, Luis: «De aquí [Sevilla] fue Portuondo capitán general de las galeras de España». *De algunos hombres señalados de Sevilla en Miscelánea Memorial Histórico Español* (MHE) IX, 318,120.

ra) (67), señor de naos y reputado marino, Rodrigo de Portuondo había participado, con la armada de Pedro Navarro, en la expedición a Orán (1509), al mando de su propia nao de 310 toneles (c. 372 toneladas) con 50 marineros, 16 grumetes y 4 pajes. En 1516, con otras naos procedentes de Sevilla, formó parte de la armada de Diego de Vera aprestada en Cartagena contra Argel. Portuondo mandaba, en esta expedición, dos naos propias, con un total de 550 toneles (c. 660 toneladas). Según informes, estas naos, denominadas «portundas», eran «muy buenas naos de casi trescientos toneles y más cada una, muy bien en orden» (68).

Las naos de Sevilla eran la del contador de la Casa de Contratación, Juan López de Recalde, de 250 toneles, otras tres de 150 toneles, y la del conde Hernando de Andrada, que llevaba a su bordo al Comendador Diego de Vera, con 300 hombres de Sevilla y Jerez (69).

En septiembre de 1520 Portuondo se encontraba en Nápoles, en la armada de Hugo de Moncada, a cargo de las naos. En esas fechas, el embajador en Roma, Don Juan Manuel, recomendaba al Emperador a Portuondo, al comendador Loaisa y al maestre de campo Figueroa, por ser:

«personas a quien V. A. deue mucho y que son para seruirle y que V. A. deue a los tales tenerlos en memoria para facerles mercedes por dar exemplo a los otros, porque de otra manera no puede ser bien seruido» (70).

Los servicios de Portuondo se referían, sin duda, a las campañas de África en la armada de Navarro y Diego de Vera y en las últimas llevadas a cabo por Hugo de Moncada acompañado por Vera. Portuondo había servido a las órdenes de éste en la empresa de Argel (1516), por lo que era regular que participara también en el segundo intento contra esta plaza (1518) y en el malogrado ataque a Los Gelves (1519) y su posterior ocupación (1520), con lo que se consiguió, siquiera fuera momentáneamente, el desalojo de los corsarios y el vasallaje de su jeque (71).

El 16 de julio de 1523 Portuondo estaba en Nápoles a punto de darse a la vela con despachos del virrey, Carlos de Lannoy, para el emperador Carlos (72). Nombrado por éste capitán general de las cuatro galeras de la guarda de las costas del Reino de Granada, con orden al tesorero Vargas (15 de septiem-

(67) LABAYRU: *Historia... de Bizcaya* IV, 175. Este autor afirma que el primitivo solar se encontraba en el sitio denominado Portuochu (puertito), derruido y sin caserío (esto se publica en 1900), pero existía en Mundaca un término denominado Portuondo.

(68) *Instrucciones dadas por Diego de Vera y Juan del Río a Vicente Pérez de Albornoz para tratar con el Cardenal acerca de la armada, y acuerdos tomados por éste*. MHE VI, Apéndice 19, pp. 471-480.

(69) *Ibidem*.

(70) Juan Manuel al Emperador. Roma 25 de septiembre de 1520. Bibl. RAH. Col. Salazar y Castro, A-45 f. 24r-v. (*Ind.* IV, n.º 6.886, p. 334).

(71) FERNÁNDEZ DURO: *Armada española* 1, pp. 127-131.

(72) Lannoy al Emperador. Nápoles, 16 de julio de 1523. Bibl. RAH. Col. Salazar y Castro, A-28 f. 379.

bre de 1523) de tomarle el asiento correspondiente (73), Portuondo fue destinado, poco después, a engrosar con sus galeras la armada del capitán general de la mar, Hugo de Moncada, con base en Génova, adonde llegó Moncada el 25 de noviembre y Portuondo el 5 de diciembre con las cuatro galeras «muy mal en orden de todo lo menester». Puesta en orden la armada, Moncada partió para Marsella con 17 galeras (74).

Cuando a fines del invierno de 1524 Portuondo topó con Íñigo, en Génova, esta ciudad llevaba dos años en poder de los imperiales. Durante el asedio, Andrea Doria había escapado con sus seis galeras y se había refugiado en Marsella desde donde, unido a la escuadra francesa, hostigaba y daba caza a las naves del emperador. En septiembre de 1523 Bonnivet atravesaba los Alpes y marchaba hacia Milán, ocupando las ciudades a su paso. A mitad de noviembre, sin entrar en la capital del ducado, se retiró junto al Ticino para la inverna-

nada. Íñigo, en su camino de Venecia a Génova, atravesó las líneas imperiales y francesas durante la contraofensiva de los primeros que hizo retroceder a Bonnivet hasta Francia. El castillo de Cremona se rindió el 21 de febrero de 1524 y, el 2 de marzo, el marqués de Pescara cruzaba el Ticino.

En la fracasada campaña de Provenza y sitio de Marsella (julio-septiembre de 1524), Portuondo intervino con sus galeras en apoyo de las operaciones terrestres. Al tiempo de la retirada de los imperiales hacia Italia, Francisco I cruzaba los Alpes (octubre de 1524) y se dirigía a Milán, que ocupó. A fines de enero del año siguiente, 1525, los franceses saqueaban Saona (75).

El 28 de enero, por la noche, Moncada salía con la armada imperial y una hora antes del amanecer del 29 desembarcaba en la ensenada de Varazze, no lejos de Saona. Doria se presentó con la armada francesa y atacó desde el mar con la artillería de las galeras, mientras soldados y paisanos lo hacían por tierra y bajando de las montañas vecinas. En la confusión, Moncada cayó prisionero con otros jefes. Portuondo hizo frente a Doria, permitiendo la reunión y reembarque de la gente y evitando así la muerte o prisión de la mayoría. Portuondo cubrió la retaguardia hasta Génova, seguido de Doria que apresó la carraca capitana y tres embarcaciones que habían quedado a la zaga. La armada de Doria bloqueó el puerto de Génova del 30 enero al 2 de febrero. Ante la captura del capitán general de la Mar, Moncada, y la diversidad de armadas y capitanes, el embajador del emperador, Lope de Soria, consideró urgente la designación de un mando único que sustituyera a Moncada, por lo que, dada la decisiva actuación de Portuondo en Varazze salvando armada y gente del desastre y «visto cuán bien sirue el dicho Portuondo y cuán valerosa persona

(73) El Rey al Ldo. Francisco de Vargas. Burgos, 15 de septiembre de 1523. En LABAYRU: *Historia... de Bizcaya* IV, Apéndice n.º 29, pp. 673-675. La armada constaba de 1 bergantín y 4 galeras. Éstas llevaban, cada una, 23 oficiales, 90 compañeros sobresalientes y 150 remeros con un costo de 278 1/2 ducados por galera/año. Portuondo recibía un salario de 250.000 maravedís/año más una ayuda de costa de 20.000 maravedís/año.

(74) Lope de Soria a Carlos V. Génova, 16 de diciembre de 1523. Bibl. RAH, *Col. Salazar y Castro* A-33, f. 282. FERNÁNDEZ DURO: *Armada Española* 1, pp. 137-148.

(75) Moncada a Carlos V. Génova, 27 de enero de 1525. *Ibidem* A-34, ff. 76-78. *CoDoIn, España* XXIV, pp. 421-425.

es para este oficio», requirió a los capitanes de las otras galeras que obedeciesen a Portuondo, como capitán general, hasta que el emperador proveyese, a lo que todos accedieron (76).

Terminada la guerra con la batalla de Pavía y la rendición de Francisco I, cogido prisionero por el capitán Juan de Urbietta (25 de febrero de 1525), Portuondo zarpó de Génova el 31 mayo, de vuelta a España, al mando de una armada de 15 galeras, con 15.000 infantes, conduciendo a bordo de la capitana de su mando, la *Santa Trinidad*, al rey francés prisionero (77).

En 1527 Portuondo era capitán general de la armada de ocho galeras apostada en Cádiz para la vigilancia de la bahía. Una noche, los galeotes de la capitana, la *Santa Trinidad*, se amotinaron, lo hicieron prisionero y se fugaron a Marruecos. Perseguidos por las otras galeras de la armada, los amotinados lograron esquivarlas y llegar al río Martil de Tetuán donde lo vendieron. El alcaide de Xauen, el granadino Muley Ibrahim, se lo adjudicó con otras presas, entre ellas, 60.000 cruzados y la artillería de la galera. Años adelante, el sacerdote sevillano rescatador de cautivos, venerable Fernando de Contreras, informaba desde Tetuán que, entre las presas cogidas en la galera de Portuondo se encontraban, junto con otros pendones que engalanaban la *Santa Trinidad*, la bandera de oro de martillo, con flores de lis y las armas reales de Francia, perteneciente a Francisco I.

Éstos y otros tesoros habían sido descubiertos, por un cautivo, en unos subterráneos. Una vez que se recuperasen, Contreras tenía la intención de enviarlos a la Virgen de la Antigua, en la catedral de Sevilla, así como los hierros y cadenas de cautivos y las arcas encadenadas donde se guardaban los tesoros.

Tasado Portuondo en 16.000 cruzados, fue rescatado por mediación del mercader genovés Luis de Presenda, quien, después de salir fiador del precio del rescate, obtuvo licencia para conducir libre a Portuondo al presidio portugués de Arcila, en la costa occidental africana. El mercader se despreocupó de la obligación adquirida y Muley Ibrahim reclamó el rescate inútilmente al rey de Portugal y al Emperador (78).

Liberado Portuondo, el emperador Carlos puso bajo su supervisión, en 1528, el apresto de las 50 galeras que se construían en Barcelona. En 1529, como capitán general de SS. MM., a bordo de la galera real *Santa Trinidad*, mandó la armada que llevó a Carlos I desde Barcelona a Italia. Preparada la galera capitana para conducir a su bordo al Emperador, éste subió, luego, a la de Andrea Doria. En 1528 había pasado del servicio del rey de Francia al del

(76) Lope de Soria a Carlos V. Génova, 29 y 30 de enero y 2 de febrero de 1525. Bibl. RAH Col. Salazar y Castro, A-34, ff. 83r-v, 87, 101-103. FERNÁNDEZ DURO: *Armada Española* 1, pp. 137-148.

(77) Para el viaje del rey francés en la capitana de Portuondo, véase Fernando Marín, abad de Nájera a Carlos V. Génova, 31 de mayo de 1525. BN Madrid. Papeles de Gayangos, ms. 20.213 (21).

(78) Memorial de Fernando de Contreras. Tetuán, abril de 1545. *Sources inédites de l'Histoire du Maroc*. I, pp. 104-116. RICARD, R.: «Mouley Ibrahim, caïd de Chechouen (circa 1490-1539)» en *Études sur l'Histoire des Portugais au Maroc* (Coimbra, 1955), pp. 276-278.

Emperador, con el que había firmado un asiento general el 18 de agosto de ese año (79). Juan Portuondo, hijo de Rodrigo, mandaba la galera *San Jerónimo* (80).

El 21 de agosto 1529 el Emperador concertó, en Génova, un asiento con Portuondo para la defensa de las costas del Reino de Granada, que serviría de modelo para los sucesivos. Lo nombró «capitán general de las galeras de la guarda las costas de la mar del dicho Reino de Granada y sus comarcas» y puso, a su cargo, ocho galeras y dos bergantines, doble de las que había tenido a su cargo en 1523. Poco después, el 25 de octubre de 1529, Rodrigo de Portuondo murió en Formentera en un desafortunado encuentro con Cachidiablo, segundo de Jair al-Din (Barbarroja). Portuondo había intentado darle caza con su galera y la de su hijo Domingo. Éste, malherido, fue hecho prisionero con otros capitanes y murió empalado en Argel, por orden de Barbarroja, con otros prisioneros, en represalia del ataque de Andrea Doria a Cherchel (81).

En la corte del Rey Católico: la empresa de África

El hecho de haber reconocido Portuondo a Íñigo y la afirmación de éste de «que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del Rey Católico» suponen un conocimiento anterior en conexión con el contexto de la corte fernandina, donde Íñigo López de Loyola había servido unos diez años (de 1506-1507 a 1517) como familiar, o «contino comensal», de Juan Velázquez de Cuéllar, uno de los dos contadores mayores de Hacienda de Castilla.

El trato de Portuondo con Íñigo en la corte debió de haber sido relativamente frecuente («otras veces le había hablado») y familiar ya que, después de 13 años, le pudo reconocer a pesar de su aspecto e indumentaria: cojo, con «unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas y una ropilla corta de poco pelo» (82). El mismo atuendo que llevaba Íñigo cuando, en el camino de Ferrara a Génova, a las puertas de un pueblo cercado, los soldados españoles le tomaron por espía, lo registraron y lo condujeron preso al capitán, quien, después de interrogarlo, lo conceptuó loco y sin seso. Uno de los habitantes españoles, sin embargo, le atendió y recibió en su casa.

Como contrapartida, no obstante esa misma ropa, un trecho más adelante, por el mero hecho de ser Íñigo guipuzcoano, recibió buen trato de un capitán francés, originario de Bayona, ante quien los centinelas del campo francés lo trajeron prisionero.

La relación de Portuondo con Íñigo en la corte del Rey Católico coincidió, sin duda, con las estancias de Fernando en Sevilla en 1508 y, sobre todo, en

(79) FERNÁNDEZ DURO: *Armada española* 1, pp. 149-150, Apéndice n.º 9, pp. 364-369.

(80) *Ibidem*. Apéndice n.º 10, p. 369.

(81) LÓPEZ DE GÓMARA, F.: *Choronica de los muy nombrados Omiche y Haradín Barbarroja*. MHE VI, p. 327. FERNÁNDEZ DURO: *Armada española* 1, pp. 136-137, 156-162, 359, 361, 369-379, 406, 408.

(82) *Autobiografía*, Cap. V, n.º 49, p. 130.

1511. Debido a la obligación de los contadores mayores de seguir a la corte, Íñigo habría marchado también a Sevilla en el séquito de su protector a cuyo servicio estaba.

En la primera ocasión (1508), Fernando se había dirigido a Córdoba y Sevilla (septiembre-diciembre), para castigar, en persona, la rebeldía de los nobles andaluces, en particular del marqués de Priego y del duque de Medina Sidonia, opuestos a su gobernación en Castilla, en lugar de su hija Juana, a la que reconocían como única soberana legítima castellana. Antes de partir para Andalucía, ordenó que le siguiesen todos los prelados y caballeros que se encontrasen en su corte, hizo un llamamiento general a los caballeros y órdenes militares de Andalucía y se puso al frente de un ejército de 600 hombres de armas de sus guardas, 400 jinetes y 3.000 soldados de ordenanza a la suiza. Durante su estancia en Sevilla, Fernando envió en auxilio de su yerno, el rey Manuel de Portugal, la armada de Pedro Navarro y un contingente de sus guardas y tropas traídas consigo a Andalucía, para socorrer la plaza portuguesa de Arcila, atacada y cercada por el Jerife sa'di. Como he indicado, Portuondo formaba parte de la armada de Navarro y participó en la conquista de Orán unos meses después.

La segunda visita de Fernando a Sevilla, del 1 de febrero al 21 de junio de 1511, tuvo por objeto la preparación de la empresa de África como primer paso a la conquista de Jerusalén. El Rey había mandado aprestar una armada en los puertos de Andalucía, que debía reunirse en Cádiz.

En 1509, el Rey Católico había enviado un apercibimiento a las villas marítimas y puertos de Guipúzcoa y Vizcaya para armar doscientas setenta naves, cien en Guipúzcoa (algunas de 250 toneles) y setenta en Vizcaya. Uno de los puertos vizcaínos apercibidos era Portuondo, junto a Mundaca. Otras 30 naves, hasta completar el número de 300, debían aprestarse en los puertos de Trasmiera (83).

Uno de los señores de naos que acudieron al llamamiento real fue el hijo de la azcoitiana María de Recalde, Martín Pérez de Idiacaiz, que, como he señalado, tenía trato comercial con el señor de Loyola.

La organización de la expedición africana desde España, sobre la base de 500 hombres de las guardas del Rey, 1.000 jinetes, 300 ballesteros de a caballo y 7.000 infantes, se hacía en Andalucía, y no en Cataluña o Valencia, porque respondía precisamente, según el mismo Rey Católico, a la abundancia de mantenimientos y de caballos y de otras cosas necesarias para la armada con que contaba la región andaluza, sobre todo el valle del Guadalquivir, y no las regiones antes citadas de la corona aragonesa (84).

(83) ZURITA, J.: *Historia del Rey Don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia* (edición de A. Canellas López), Tomo 4. (Zaragoza 1994) Lib. VIII, tit. XLI, p. 407. Los puertos mencionados eran, en la provincia de Guipúzcoa: Fuenterrabía, El Pasaje, La Rentería, San Sebastián, Orío, Guetaria, Zumaya, Deva y Motrico. En el Señorío de Vizcaya: Ondarroa, Lequeitio, Portuondo, Bermeo, Maida (sic), Plencia, Bilbao y Portugaete. Los de Trasmiera: Castro Urdiales, Laredo, Santander, San Vicente, Llanes, Ribadesella y Ribadeo. *Ibidem*.

(84) Así lo declara el mismo Fernando: El Rey a Pedro Navarro. Madrid, 24 de diciembre de 1510. DOUSSINAGUE, J. M.: *Política Internacional de Fernando el Católico* (Madrid, 1944) [en adelante DOUSSINAGUE], pp. 360-363, 641-643.

Los preparativos de la armada suponían toda una intensa actividad administrativa: armamento, aprovisionamiento, libramientos de pagos a tropas, fletes de buques, etcétera.

El encargado del apresto de la expedición, como en ocasiones anteriores, era el capellán mayor y consejero real, Juan Rodríguez de Fonseca. Al suspenderse en junio la expedición africana, con motivo del ataque del rey francés Luis XII al Estado de la Iglesia, Fonseca recibió, en 16 de junio, la comisión del Rey Católico de despedir a las tropas inglesas, estacionadas en Cádiz, y de pagarles sus sueldos, así como a los capitanes de las naos vascongadas que los habían transportado, los sueldos y fletes de la armada hasta fin de julio (85).

De la complicada burocracia que comportaba la gestión de estos asuntos no estarían ausentes, en esta ocasión, dada su presencia en Sevilla, los contadores mayores que necesitarían, para la dirección de las diversas funciones de su empleo, todo el personal a su servicio. Sobre todo las funciones anejas al oficio de sueldos, a cuyo cargo estaba el pago de la gente de guerra y de las armadas y el de su provisión y abastecimiento, y las propias del oficio de tierras, que entendía en la concesión de mercedes personales de maravedís, en rentas o tierras en Vizcaya y Guipúzcoa, que obligaba al beneficiario de estos territorios al sostenimiento de lanzas y ballesteros mareantes (86).

Íñigo, como allegado, o familiar —«continuo comensal»— del contador Juan Velázquez, podría haber intervenido en el desempeño de algunas gestiones de mayor confianza, como en ocasiones similares hacían los continos del rey ayudando en sus cometidos a otros altos funcionarios reales (87). Ni sería extraño que, siendo el otro contador mayor de Hacienda de Castilla, Antonio de Fonseca (88), hermano de Juan Rodríguez de Fonseca, ayudaran a éste en su comisión los allegados de ambos contadores.

(85) BERNÁLDEZ, A.: *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* (edición de M. Gómez-Moreno y J. de M. Carriazo, Madrid 1962) cap. CCXXVI, 573; DOUSSINAGUE, pp. 461-463.

(86) Cfr. DE LA PLAZA BORES, A.: *Escribanía Mayor de Rentas en Guía del investigador Archivo General de Simancas* (Madrid, 1986), p. 241.

(87) LADERO QUESADA, M. A.: *Castilla y la conquista del reino de Granada* (Granada, 1987), p. 166.

(88) Antonio de Fonseca (†23 de agosto de 1532), III señor de Coca y Alaejos, hermano de Juan Rodríguez de Fonseca, fue capitán en la guerra de Granada. Según Bartolomé de las Casas era «caballero valeroso, muy señalado y muy prudente, y muy estimado y privado de los Reyes Católicos, contador mayor de Castilla, que es el más preeminente oficio que en su casa y corte real tienen». Intervino como capitán general en la guerra de Navarra (1512-1513). Asistió a la muerte de Fernando el Católico en Madrigalejo (1516). Nominado capitán general de Castilla y León por Carlos I, participó en la guerra de las Comunidades y, junto al alcalde de corte Rodrigo Ronquillo, fue responsable del saqueo e incendio de Medina del Campo y tuvo que huir a Portugal y Flandes. Juan lo dejó heredero universal de todos sus bienes, lo que provocó competencias con la sede burgalesa, de la que Juan era arzobispo, pero el papa Clemente VII falló en favor de Antonio. Al tiempo de su muerte era también Comendador mayor de Castilla. FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS: *Obras escogidas. Historia de las Indias*, 2 vol. (edición de J. Pérez de Tudela, Madrid 1957, Biblioteca de Autores Españoles [BAE] pp. 95-96), II, cap. XLII, p. 233; DE SANTA CRUZ, A.: *Crónica de los Reyes Católicos* (edición de J. de M. Carriazo), 2 vol. (Sevilla 1951) I y II, *passim*; GIRÓN, P.: *Crónica del Emperador Carlos V* (edición de J. Sánchez Montes) (Madrid 1964), pp. 175-176. TERESA LEÓN, T.: *El obispo D. Juan Rodríguez Fonseca, diplomático, mecenas y ministro de Indias*. Hispania Sacra 13 (1960), pp. 251-304. REDONDO, A.: *Antonio de Guevara (1480?-1545) et l'Espagne de son temps* (Ginebra 1976), pp. 111, 119, 395 (not. 242).

Así Íñigo podría haber intervenido, de un modo o de otro, en los asuntos del oficio de sueldos o en el de tierras. En Sevilla había una importante comunidad vizcaína y guipuzcoana, sobre todo de armadores y mercaderes. Entre 1504 y 1515, la flota mercante vascongada de Sevilla contaba con 68 unidades, 39 de Guipúzcoa y 29 de Vizcaya. Era la más numerosa después de la sevillano-trianera con 149 unidades. Pero en la vasca predominaba la nao de gran tonelaje. De las 39 unidades guipuzcoanas, algunas estaban matriculadas en los puertos o villas más cercanas a la casa de Loyola: dos eran de Zumaya, dos de Guetaria, una de Cestona, una de Azcoitia y otra de Deva (89). De esta villa procedían el maestre y una buena parte de la tripulación de la nao de Juan Pérez de Loyola (90).

Ningún lugar más adecuado que Sevilla para un encuentro de Íñigo con un marino como Rodrigo de Portuondo, cuando, 13 años atrás, en 1511, se encontraba la corte de Fernando en ella y se aprestaba la gran armada para coronar la empresa de África. Tanto más si Portuondo tenía su domicilio en Sevilla y la armada se reunía en un puerto tan cercano como Cádiz.

La razón de este trato con Íñigo habría que entenderla no sólo en cuanto paisano, sino también en relación con el servicio desempeñado por Íñigo en la corte. En el contexto sevillano, este servicio estaría relacionado con los pagos para el pertrecho de las embarcaciones y los sueldos a su gente. En 1516, los sueldos de cada una de las naos de Portuondo montarán 3.200 ducados al mes (91).

El Mediterráneo, lago turco-berberisco (92)

Íñigo había vivido de cerca, en su juventud, los fracasados intentos de dominar el litoral Mediterráneo africano, no obstante los éxitos primeros. Cuando «él servía en la corte del Rey Católico» se llevaron a cabo las expediciones de Pedro Navarro y Cisneros que dieron por resultado la posesión de plazas claves: el Peñón de Vélez (23 de julio de 1508), Orán (17 de mayo de 1509), Bugía (5 de enero de 1510) y Trípoli (25 de julio de 1510) y, como consecuencia, el vasallaje ofrecido al Rey Católico por los soberanos de Argel, Tremecén y Túnez.

(89) LADERO QUESADA, M. A.: *El crecimiento económico de la Corona de Castilla en el siglo XV: ejemplos andaluces en Los mudéjares de Castilla*, pp. 280-281. MORALES PADRÓN, F.: *Historia de Sevilla. La ciudad del Quinientos* (Sevilla 31989) 75. OTTE, E.: «El comercio exterior andaluz a fines de la Edad Media» en Actas del II coloquio de historia medieval andaluza. Hacienda y comercio. Sevilla 8-10 de abril de 1981, pp. 235-236.

(90) «Alarde que se rescibió de la xente del Capitán Xoan Pérez de Loyola en catorce de Julio de noventa y tres años...» *CoDoln América*, XXX, pp. 403-408.

(91) MHE VI, Apéndice 18, pp. 469-470.

(92) Para el contexto histórico de esta sección véase, p. ej., FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: «La España del Emperador Carlos V (1500-1558; 1517-1556)» en *Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal XX* (Madrid 31982), pp. 504-556, 639-674; GARCÍA ARENAL, M. y DE BUNES, M. A.: *Los españoles y el Norte de África, siglos XV-XVIII* (Madrid, 1992), pp. 57-105, 163-185; BRAUDEL, F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*; 2, pp. 338-376.

Este ambiente se había visto reforzado por las exhortaciones de Julio II a Fernando para proseguir la empresa africana y la proclamación de la Cruzada por el Papa, en la misa solemne de Pentecostés (28 de mayo de 1509).

Pero frente a las victorias, también la derrota de la expedición a Los Gelves (agosto de 1510) y la frustración producida por la suspensión temporal de la empresa (junio de 1511). Fernando muere (23 de enero de 1516) cuando se dirigía a Sevilla para reanudar la campaña de África y alcanzar su sueño de coronarse rey efectivo de Jerusalén (93).

Muerto Fernando el Católico, fracasaron las expediciones militares de Diego de Vera (septiembre de 1516) y Hugo de Moncada (agosto de 1519) contra Argel, gobernada por los hermanos Barbarroja, [Horuch] y Jair al-Din [Haradín]. Llamados por el soberano argelino, tributario del Rey Católico, para que le ayudaran a sacudir el vasallaje, lo mataron y se hicieron con el poder.

Los empeños europeos e imperiales de Carlos I y el enfrentamiento con Francia, aliada del Turco, dejarían el Mediterráneo durante cerca de 30 años a merced de los corsarios.

En 1520, Hugo de Moncada y Diego de Vera arrojaron a los corsarios de Los Gelves y obtuvieron el vasallaje del jeque al emperador, pero dos años más tarde, en 1522, el rey de Fez, Muley Muhammad al-Wattasi, llamado el Portugués, tomó el Peñón de Vélez que, enseguida, ocupó Barbarroja y sus corsarios argelinos. En 1524 los jerifes sa'dies, Muhammad al-Mahdi y Ahmad, arrasaron Santa Cruz de Mar Pequeña, única plaza española en la costa atlántica africana.

En Alcalá o Salamanca se enteraría Íñigo del amotinamiento de los galeotes contra su amigo Portuondo, su cautividad en Xauen y su liberación. Lo que indicaba la precariedad de las defensas navales, a merced de motines de galeotes que entregaban las mejores naves al enemigo. Y en París llegaría a los oídos de Íñigo, en 1529, la noticia de la toma del Peñón de Argel (21 de mayo), el saqueo de las costas levantinas apoyados por los moriscos y la derrota y muerte en Formentera (25 de octubre) de su anterior conocido en la corte del Rey Católico y protector en Génova, Rodrigo de Portuondo.

Esta tragedia era una manifestación más del dominio del Mediterráneo por Jair al-Din (Barbarroja). Había sucedido, en 1518, a su hermano Horuch como rey de Argel y había ofrecido vasallaje a Selim I, que le reconoció el título de beyrlebey (gobernador). A partir de 1533, nombrado almirante de la armada turca por Solimán el Magnífico, Barbarroja assolaba con mayor potencia las costas de España e Italia. En 1534 recuperaba Koron, en Morea, ocupada por las fuerzas imperiales en 1532 y defendida por tercios españoles, y se hacía con Túnez, destronando al soberano de la dinastía Hafsi Muley Hacén, o Hasan, vasallo de Carlos.

Estas noticias llegarían a Íñigo en París, antes de marchar a Loyola en la primavera de 1535. Aquí, o en su camino hacia Madrid y Toledo por Obanos,

(93) GALÍNDIZ DE CARVAJAL, L.: *Anales breves del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, que dejó manuscritos el Dr. Lorenzo... en Crónicas de los Reyes de Castilla*. T. 3, pp. 562-563.

Almazán y Sigüenza, se enteraría del éxito del Emperador en su campaña de Túnez con la ocupación de La Goleta (14 de julio de 1535) y Túnez (21 de julio) y la reposición de Muley Hasan, que se reconoció tributario del emperador Carlos. Éste le cedió Bona y Biserta y dejó una guarnición española en el puesto estratégico de La Goleta, en la garganta del río a la entrada del puerto de Túnez.

Todavía, como se indicó arriba, en el momento de su embarque en Valencia para Italia, a fines de este año, sus conocidos aconsejaron a Íñigo no hacerlo por temor a Barbarroja, que proseguía su actividad en el Mediterráneo.

La guerra contra el Turco de 1537 a 1540, desfavorable para la Santa Liga formada en febrero 1538, por el Emperador, el Papa y Venecia, cambió el rumbo de Íñigo y sus compañeros, impidiendo su peregrinación a Jerusalén y llevándolos a Roma (94). Las primeras operaciones contra las costas tunecinas fueron favorables a la Liga, con la toma de Monastir y Susa, cedidas al Rey, vasallo de Túnez, Muley Hamida, que había suplantado a su padre Muley Hasan. Pero la derrota infligida por Barbarroja a Doria en La Prevesa (septiembre de 1538) y la caída, al año siguiente (1539), de Castelnuovo (Herceg Novi), presidado por los españoles, en el golfo de Cattaro (Kotor) en la costa dalmata montenegrina, dieron la primacía al Islam en el Mediterráneo.

Recién fundada la Compañía de Jesús (1540), preocuparía a Ignacio el desastre de la expedición del emperador Carlos a Argel (1541) y el consiguiente recrudecimiento de la piratería turca y berberisca que asolaba las costas del Levante español y del sur de Italia, agravada la situación con la alianza de Francisco I con Barbarroja en 1542-1544. Durante toda la década, las costas mediterráneas de España e Italia sufrieron los ataques berberiscos, no obstante las treguas ajustadas por el Emperador con Solimán el Magnífico, en 1546.

En 1549-1550, Dragut se había instalado en el litoral tunecino: Los Gelves, Monastir, Susa y en el promontorio llamado África (Ifriqiya), hoy Mahdia (al-Mahdiyya), al sur de Túnez, convirtiéndolos en nidos piráticos contra las costas de Sicilia, sur de Italia y Malta. Enrique II de Francia, por su parte, reforzaba la amistad franco-turca concediendo subsidios a Solimán y proponiendo, en 1551, un ataque conjunto: la ocupación de Mallorca y el establecimiento de una base en la isla.

Ignacio y las empresas de África (1550-1554)

En este contexto se explica la actitud de Ignacio de Loyola en relación con las empresas de África.

(94) Era la consecuencia del voto de Montmartre, en París (1534), que está en la génesis de la Compañía de Jesús: Ignacio y siete compañeros que se le juntaron en la Universidad parisiense, hicieron voto de peregrinar a Jerusalén para «gastar su vida en provecho de las ánimas» y esperar un año la embarcación en Venecia. En caso de no haberla ese año para Levante, quedarían libres del voto y se pondrían, en Roma, a la obediencia del Papa para que los enviara a ejercer el ministerio donde juzgase más conveniente: *Autobiografía*, cap. VIII, n.º 85, pp. 157-159. Véase, p. ej., VILLOSLADA: *Nueva Biografía*, pp. 364-365. SCHURHAMMER, G., S. J.: *Francisco Xavier. Su vida y su tiempo*, 4 tomos, I. Europa (Pamplona 1992) pp. 446-453.

Entre 1550 y 1554 tuvo ocasión de dirigir su atención a Berbería con motivo de las expediciones organizadas por el virrey de Sicilia, Juan de Vega, para librar el Mediterráneo de la piratería. Con ello, Ignacio reviviría el recuerdo de las experiencias que pudo haber tenido en Sevilla durante los meses preparatorios de la gran empresa fernandina.

Así, se interesó por la expedición a Mahdia (21 de junio-5 de octubre de 1550) llevada a cabo por la escuadra conjunta del Emperador, el Papa, los caballeros de San Juan de Jerusalén y el duque de Florencia, mandada por el virrey de Sicilia, Juan de Vega. Se trataba de acudir en socorro del soberano de los puestos ocupados, vasallo de Carlos, Muley Hamida, Rey de Túnez. Se recuperaron Monastir, Susa, que se cedieron a éste, y Mahdia, que se guarneció con los caballeros de San Juan.

A petición de Juan de Vega, Ignacio alcanzó, para los componentes de las fuerzas expedicionarias, un jubileo del papa Julio III con las mismas gracias del Año Santo (ese año lo era) (95). En una carta exhortatoria, en latín, Ignacio comunicaba a los expedicionarios las gracias concedidas por el Pontífice. El encabezamiento rezaba:

«*Illustris dominis ac nobilibus et strenuis viris, ducibus ac militibus et omnibus demum christianis qui in Africa contra infideles bellum gerunt, Xpi. domini protectionem et auxilium ac salutem in eodem sempiternam*» (96).

Entre estos «ilustres señores y nobles y esforzados varones» se encontraban, destinados por Ignacio, su compañero Diego Laínez, como capellán del Virrey, y el noble diácono bermeano Martín de Zornoza, abad de Zornoza, jesuita desde 1548, que durante años había sido cautivo de un corsario turco y que era normal que supiera la lengua.

El jubileo se publicó en el campo de Mahdia el 2 de septiembre. Tomada la fortaleza el 10 de septiembre, el 14 se bendijo la mezquita mayor, convirtiéndola en iglesia, y se celebró misa solemne. Laínez predicó al ejército con ocasión del jubileo y de la bendición de la mezquita. A la vuelta, la armada sufrió una violenta tempestad con pérdida de naves y galeras pero no de personas. El virrey Juan de Vega desembarcó de su galera y saltó con gran peligro a una fragata ayudado por Martín de Zornoza (97).

En julio de 1551, Jerónimo Nadal acompañó una expedición de socorro al presidio de Mahdia. La armada de 15 galeras sufrió un fuerte temporal que

(95) Ignacio a J. de Vega. Roma, 9 de julio de 1550. MHSI *Sancti Ignatii de Loyola Societatis Iesu fundatoris epistolae et instructiones*. 12 vol. Madrid, 1903-1911 (en adelante *Epp. Ign.*) 3, pp. 111-113.

(96) Roma, 9 de julio de 1550. *Ibidem*, pp. 113-114.

(97) Laínez a J. Domènech. África, 27 de julio de 1550. *Íd.* a Ignacio, *ibidem*, 2 y 14 de septiembre, 5 de octubre de 1550. MHSI *Laini Monumenta. Epistolae et acta Patris Iacobi Laini secundi praepositi generalis Societatis Iesu*. 8 vol. (Madrid, 1912-1917) 1, pp. 165-173. Martín de Zornoza había recorrido con su amo diversas tierras y mares de Oriente: Arabia, India, mar Rojo, El Cairo, Alejandría, Constantinopla. Aquí le pudo encontrar y rescatar su paisano, Pedro de Zarate, caballero del Santo Sepulcro, del séquito del Emperador e íntimo amigo de Ignacio de Loyola. *Autobiografía de M. de Zornoza en Epistolae Mixtae ex variis Europae locis ab anno 1537 ad 1556*. 5 vol. Madrid, 1898-1901 (en adelante *Epp. mixtae*) 4, pp. 411-414.

hundió siete, entre ellas la capitana de Antonio Doria en la que iban Nadal y su compañero, el estudiante jesuita romano Isidoro Bellini. Arrojadados contra los acantilados de Lampedusa, Nadal pudo salvarse en las rocas, pero pereció su compañero (98).

Con la toma de Mahdia, Solimán consideró que Carlos había quebrantado las treguas y reanudó las hostilidades. En agosto de este mismo año, 1551, la armada turca, al mando de Sinán y Dragut, que había pasado al servicio del Turco, se apoderaba de Trípoli, cuya defensa había entregado Carlos, en feudo, a los caballeros de San Juan de Jerusalén en 1530.

El 5 agosto del año siguiente a la caída de Trípoli, en 1552, la escuadra de Doria era derrotada por Dragut, entre la isla de Ponza y Terracina.

Plan de Ignacio para la defensa del Mediterráneo: la gran armada

Con ocasión de las razias turcas continuadas durante los dos últimos años en los reinos de Nápoles y Sicilia y últimamente, en concreto, en Reggio Calabria y lugares circunvecinos, Ignacio, el 6 de agosto, precisamente un día después del percance de Doria, comunicaba al virrey de Sicilia, Juan de Vega, por medio de Nadal, un plan para armar una gran escuadra con objeto de acabar con la piratería turca en el Mediterráneo.

Las razias producían daños ingentes y no el menor el llevarse «tantas ánimas que van á perdición para renegar de la fe de X^o, que por salvarlas murió». Sin apenas oposición, los corsarios aprendían y se hacían prácticos en aquellos mares; destruían, quemaban y se cebaban «en las ánimas, cuerpos y haciendas de los xpianos» (99).

Una de estas víctimas sería, al año siguiente, el francés P. Juan Gutano (de la Goutte). Perseguida su embarcación por corsarios turcos en la navegación de Sicilia al continente, fue cautivado en tierra, en las proximidades de Cosenza, el 10 diciembre 1553. Vendido por 100 ducados a un turco y empleado como remero en su galera, murió en Los Gelves en 1555, cuando el rescate, procurado con gran interés por Ignacio, estaba ya a punto (100).

El plan de Ignacio, que deseaba hacer llegar al Emperador, revelaba su sensibilidad religiosa humana y política respecto de la cuenca del Mediterráneo —en especial de los reinos de Nápoles y Sicilia— y de las funestas consecuencias que la amistad franco-turca suponía para la Cristiandad, así como su capacidad organizativa y financiera que, sin duda, aprendió en la corte fernandina y experimentó durante los preparativos de la gran expedición africana en Sevilla.

(98) Nadal a J. de Vega. África, 7 de julio de 1551; íd. a A. Vinck. *Ibidem*, 7 de julio y 11 de agosto de 1551; íd. a Ignacio. *Ibidem*, 28 de agosto y 28 de octubre de 1551. MHSI *Epistolae P. Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577*. 5 vol. (Madrid-Roma, 1898-1962) (en adelante *Nadal*) 1, pp. 109-119; POLANCO, J. A. DE: *Vita Ignatii Loiolæ et rerum Societatis Iesu historia*. 6 vol. Madrid, 1894-1898 (en adelante POLANCO: *Chronicon*) 2, pp. 237-240.

(99) Polanco (ex comm.) a Nadal. Roma, 6 de agosto de 1552 (1.^ª). *Epp. Ign.* 4, pp. 353-359. POLANCO: *Chronicon* 2, p. 555. Un estudio de este tema con la traducción francesa del documento, pero desde una perspectiva de espiritualidad: DOMINIC BERTRAND, S. J.: *Pour une politique méditerranéenne en La vie politique des chrétiens*. Christus 13 (1966), pp. 538-553.

(100) REITES, J., S. J.: «Jean de la Goutte - Slave of the Turk», AHSI 51 (1982), pp. 300-313.

Ignacio solicitaba el consejo del virrey Juan de Vega. Pero, hombre profundamente religioso y al mismo tiempo conocedor del mundo de los grandes, afirmaba que, si le constara con mayor certeza que era voluntad divina y que tendría crédito con el Emperador, no esperaría consejo de nadie, sino que iría al Emperador y al príncipe Felipe sin reparar en las incomodidades y peligros del camino, ni en sus indisposiciones, ni en otros inconvenientes, y que emplearía en esta empresa el resto de su vejez.

Las razones de Ignacio: la armada «muro universal»

La gran armada debía y podía hacerse con gastos menores de los que, por entonces, hacía el Emperador. Las razones para ello eran de orden religioso, humano, político y táctico.

En el plano religioso y de defensa del hombre, le preocupaba el daño espiritual de tantos renegados y el escándalo que ello suponía para la Cristiandad. Cargaba la conciencia de los príncipes cristianos que podían evitar, y no lo hacían, el cautiverio de tantos niños y gente de todas las edades, sometidos a trabajos inhumanos y a malos tratos por parte de sus dueños, turcos o moros, y expuestos a renegar de la fe. Los emplazaba para el día del juicio donde verían los príncipes el valor de tantas ánimas y cuerpos, que habían menospreciado, en relación con todas sus rentas y dignidades y señoríos.

Examinaba el incremento de la flota turca en el Mediterráneo y el peligro que suponía su movilidad y ubicuidad para lo poco que iba quedando de la Cristiandad. Quizás con algo de exageración, afirmaba que, hasta entonces, los turcos no habían sido «bellicosos por mar», pero comenzaban a hacerse prácticos en el Mediterráneo y a cebarse en la Cristiandad. La alianza franco-turca en la guerra del rey de Francia, Enrique II, contra el Emperador, la analizaba a la luz de la historia reciente de la caída de Constantinopla y del subsiguiente expansionismo turco, basado en la política de desgaste del enemigo, prestando ayuda a unos príncipes contra otros para caer, luego, sobre ambos y apoderarse de sus territorios. Eso era lo que estaba ocurriendo con su apoyo a Francia: podían volver luego «sin ser llamados, poniendo en grande aprieto la cristiandad por mar y por tierra». Éste y los otros inconvenientes se salvaban si el Emperador se enseñorease del mar con una armada potente.

En su mente era lo que hoy llamaríamos una fuerza disuasiva en bien de la paz. Con ella se sosegarían el Reino de Nápoles y el resto de Italia y Sicilia y las otras islas mediterráneas, ya que los revolucionarios («reboluedores») que alborotaban el Reino de Nápoles, sin esperanza de la armada turca ni de la ayuda de Francia por mar, no se atreverían y temerían a la armada del Emperador (101).

(101) Se refería, sin duda, a la sublevación con motivo del intento de introducir la Inquisición en Nápoles en 1547, capitaneada, entre otros, por el príncipe de Salerno, Ferrante de Sanseverino, y a la defección de éste al campo francés años después, en 1552, pasando a enrolarse en la armada franco-turca. Véase, p. ej., RODRÍGUEZ-SALGADO, M. J.: *Un imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, pp. 388-389. Ignacio de Loyola era consciente del peligro

Del mismo modo el rey francés, sin el apoyo de la armada turca para distraer y desgastar al Emperador, se vería obligado a estarse quieto y no tendría ocasión de revolver Italia. Su inferioridad naval y la falta de socorro por mar le haría más débil y, por consiguiente, más amigo de la paz. La ayuda de Enrique a los descontentos era patente en aquellos días: el 21 de julio de 1552 las tropas imperiales eran expulsadas de Sena (102).

En esta misma línea de fuerza defensiva, Ignacio consideraba la armada «muro universal» que, además de los dichos, evitaría los daños de todo tipo causados por turcos y corsarios en las costas de España e Italia y haría innecesarios los gastos de guarniciones destacadas en todas las marinas para acudir a las continuas sorpresas. El ahorro sería grande pues la experiencia de los dos años anteriores había mostrado la enorme cuantía de esos gastos en los reinos de Nápoles y Sicilia y en otras partes.

Por otra parte, la armada facilitaría y aseguraría la libre comunicación entre España e Italia para el bien universal de aquellos reinos y el particular de muchos que padecían las consecuencias del bloqueo.

La octava razón tenía como trasfondo la pérdida de Trípoli, en agosto del año anterior, hacía justamente un año. Con una armada potente que señorease la mar, sería fácil emprender operaciones, primero de reconquista: «ganar lo perdido, y mucho más, en todas las costas de África y en las de Grecia y en las islas del mar Mediterráneo» y, segundo, de conquista: «podríase poner el pie en muchas tierras de moros y otros infieles, y abrir gran camino para conquistarlos y consiguientemente hacerlos christianos».

Este ideal de cruzada —estamos en presencia de una convicción religiosa común al Islam y a la Cristiandad— había sido el ideal fernandino concretado en su geopolítica, ocupando plazas claves en el litoral norteafricano. Pero, sin armada —observaba Ignacio— al igual que cayó Trípoli podrían caer otros lugares importantes de la Cristiandad. Ignacio no ignoraba, pues lo había vivido de cerca, que los éxitos de su política y de las campañas de sus armadas habían conseguido para Fernando el Católico el prestigio y el respeto de amigos y enemigos.

De la reputación del Rey Católico, por aquellos años, como propagador de la Cristiandad, es prueba el lugar privilegiado que ocupa su figura en las estancias de Rafael de los palacios vaticanos. En la llamada del «Incendio del Borgo», diseñada en 1509-1511, decoran el zócalo de las paredes laterales, a derecha e izquierda respectivamente del fresco que da nombre a la estancia, las figuras entronizadas de Carlomagno y de Fernando con sendas leyendas: «Carolus Magnus Ro[manae] Ecclesiae Ensis Clipeusque» [Carlomagno espada y escudo de la Iglesia Romana] y «Ferdinandus Rex Catholicus Christiani

interno y de la tentación de los nobles de mudar lealtades. En 1554 intercedía en favor del príncipe Ascanio Colonna, prisionero en Castilnuovo y aseguraba a Juan de Mendoza, su castellano, haberle oído repetir que su familia siempre había sido imperial y que, no obstante los ofrecimientos para hacerse francés, jamás haría lo del príncipe de Salerno: Ignacio a Juan de Mendoza. Roma, 14 de octubre de 1554. *Epp. Ign.* 7, p. 655.

(102) Cfr. RODRÍGUEZ-SALGADO, pp. 80.

Imperii propagator» [Fernando Rey Católico, propagador de la Cristiandad] (103).

Conservando, sin duda, viva la memoria de sus años en la corte de Fernando, Ignacio concedía a la armada por mar la primacía en lo que debería ser la estrategia del Emperador frente a los ataques de la Sublime Puerta y sus aliados y en la defensa pacífica de sus súbditos, en una circunstancia en que la posición del emperador Carlos y de la Cristiandad, en general, pasaba por uno de sus momentos más bajos en contraste con los logros de su abuelo Fernando el Católico. El Emperador se encontraba acosado en la frontera occidental por Francia, aliada con los príncipes alemanes que le combatían en el interior del Imperio. Se había producido la fuga de Innsbruck (19 de mayo de 1552), a punto de ser capturado por Mauricio de Sajonia, y se había refugiado en Villach (Carintia), donde se empeñó aún más en el asiento concertado con Antón Fugger. Los empréstitos a precios elevados, las arcas vacías. El 1 de agosto se concluía el Tratado de Passau, entre su hermano Fernando y los príncipes alemanes, para concentrarse en la frontera de la Cristiandad contra el Turco que había ocupado, en julio, la plaza clave de Temesvár/Timisoara en la Transilvania, y amenazaba Austria.

Para Ignacio, atento a la gravedad de la situación, el apresto de una potente armada por mar devolvería al Emperador su honra y su reputación entre fieles e infieles: podría tomar la iniciativa yendo a buscar a turcos y berberiscos en sus tierras en vez de mantenerse a la defensiva, a duras penas, en su propio terreno, con mucha pérdida de crédito y autoridad. De este modo, —su empeño iba en búsqueda de la paz— cesarían las hostilidades y el Emperador «sin armas, en cierta manera, podría en muchas partes defender a los suyos».

La financiación de la armada del Mediterráneo

Ignacio de Loyola era consciente de la crisis que afectaba al Emperador, cargado de empréstitos y con un déficit enorme. Por ello, basaba el apresto y la financiación de la armada en la práctica de su tiempo, extendiéndola no sólo a particulares sino a los cuerpos eclesiásticos y seculares. No había aún una armada regular permanente. Como he indicado, el Rey contaba con las naves de sus vasallos y con las que los poderosos y los asentistas se ofrecían a armar, pero se hacían pagar de la Corona (104).

Ignacio partía del supuesto de que no faltaría gente al Emperador, «que la tiene... mejor que príncipe del mundo que se sepa». En cuanto al apresto de las naves y su financiación, el número y su costo se podía cubrir por repartimiento, entre los cuerpos eclesiásticos y seculares de los territorios del Emperador. Sin lo que éste pudiera aportar con sus rentas, que era mucho, la financiación debía correr por aquellos que detentaban el poder y las riquezas que, en últi-

(103) Constatación personal del autor.

(104) Todavía ocurría así en el tiempo de Lepanto. De las 77 galeras puestas por la monarquía hispánica, 28 pertenecían a asentistas: véase, CEREZO MARTÍNEZ, R.: *Las Armadas de Felipe II*. Historia de la Marina Española (Instituto de Historia y Cultura Naval) Madrid 1988, p. 217.

mo término, eran los más obligados en razón de la función social del dinero para el bien común, pues estaba en juego el «bien universal de la Cristiandad». Esta finalidad domina todo el diseño ignaciano de la gran armada mediterránea.

Con esta contribución sustancial y la ayuda de las rentas reales —«parece sin fatigarse mucho»— podrían mantenerse 200 velas e incluso 300, con lo que se seguiría un bien para lo poco que iba quedando de la Cristiandad y se aumentaría ésta allí donde, en ese momento, se temía, y con razón, su disminución y su notable daño.

En relación con la función del dinero, Ignacio mostraba su postura crítica tanto respecto de la acumulación de unos como del despilfarro de otros y mencionaba explícitamente a las órdenes ricas (jerónimos, benedictinos, cartujos, etcétera) —«á las cuales bastaría mucho menos de lo que tienen»— y a grandes y caballeros seglares, pues «lo que se gasta por grandeza en caças y platos y acompañamientos demasiados, más justo es y más á su honrra que se gaste en armar galeras contra infieles á gloria de Dios».

Tanto estas órdenes monásticas como los obispados, sus cabildos y beneficiados de todos los señoríos de S.M., debían contribuir de sus rentas en beneficio de la Cristiandad.

Asimismo, recordaba la obligación de las cuatro órdenes militares (Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa), de acuerdo con su institución, de defender la Cristiandad con sus personas y haciendas. Por ello, también ellas, así como lo hacía la de San Juan de Jerusalén, deberían contribuir a esta armada, obteniendo las licencias convenientes del Pontífice (105).

En cuanto a los grandes y caballeros, después de aludir a sus gastos superfluos, como he indicado, les animaba a contribuir al menos con sus dineros: «si no siruen con sus personas, préciensse de ayudar y seruir con sus haziendas. Y de aquí se sacaría grande número de galeras».

El Rey de Portugal podría hacer, en sus señoríos, lo mismo que el Emperador en los suyos: además de ayudar con el erario real, contar con la contribución de los cuerpos eclesiásticos y seglares.

Ignacio, hombre práctico, no olvidaba el interés material lícito y conveniente para el desarrollo de la vida humana y social. Así los mercaderes y las ciudades, especialmente las marítimas. Los primeros podían concertar entre sí el armamento de un buen número de naves o galeras que redundaría, además del bien general de la Cristiandad, en beneficio de sus tratos y mercancías.

Las ciudades y villas, en especial las marítimas, que padecían los daños de turcos, moros y otros corsarios, podían emplear en galeras «lo que les había de ser robado para que no haya quien se los robe» y gastar en la armada lo que se empleaba en las guarniciones y, libres de robos y gastos, podrían dedicarse a sus negocios. A estos gastos podrían contribuir de modo más efectivo las regiones más afectadas, que eran las de Sicilia y Nápoles.

(105) Consta que, al acceder al trono Felipe II (1555), la Orden de Santiago mantenía en el Mediterráneo una escuadra anticorsaria de cuatro galeras bajo el mando del Comendador Mayor de la Orden, Luis de Requesens. *Ibidem*, p. 160.

También podía armar algunas galeras la señoría de Génova. Las de Luca y Sena siempre ayudarían, ya que Venecia no podría. En cuanto a Sena, al parecer, aún no había llegado a Ignacio la noticia de la expulsión de las tropas imperiales con el apoyo del rey francés.

El duque de Florencia, más interesado por afectarle más a su señorío, podía contribuir a la armada del mismo modo que el Rey de Portugal, contando con los cuerpos eclesiásticos y seglares.

Finalmente, la décima parte correspondería al Papa («podría y debería») y a las tierras de la Iglesia «si Dios le diese tanto espíritu»; pero, a lo menos, no sería poco si el Pontífice concediera, a los que de él dependían, las oportunas facultades para financiar cada uno su parte.

El secretario de Ignacio de Loyola, Juan Alfonso de Polanco, se excusaba con Jerónimo Nadal, en nombre del fundador, de tener que tratar de estos asuntos temporales y daba como razón la falta de interés de aquellos a los que correspondía para bien de la Cristiandad: «que si otros, de quienes sería más propio, no hablan desto, podría ser que uno de los pobres de la Compañía de Jesús se pusiese en ello».

Ignacio, este «pobre de la Compañía de Jesús», se puso en ello. No le faltaba experiencia anterior ni visión de la realidad: su plan de la gran armada para la defensa mediterránea contra turcos y berberiscos recordaba el de Fernando 40 años atrás y se adelantaba, en casi 20 años, a la Santa Liga y a Lepanto, incluso en el número de unidades navales: de 200 a 300 velas, la mayor parte galeras (106).

Al virrey Juan de Vega le agradó el plan y juzgó que debía informarse al Emperador y al príncipe Felipe. Pero, el modo de financiarlo, aunque a Vega le pareció muy bueno, veía difícil llevarlo a la práctica (107).

Mirada de Ignacio a Berbería

Aunque este plan se quedase en mero proyecto, Ignacio de Loyola no dejaba de preocuparse por la suerte de los cautivos cristianos y la defensa de la Cristiandad.

Desde 1548 tres jesuitas portugueses, enviados a África por Ignacio a petición de Juan III de Portugal, trabajaban en Tetuán para el rescate de cautivos y ejercían el ministerio entre ellos siguiendo el ejemplo del venerable Fernando de Contreras, que los había solicitado al Rey portugués, meses antes de morir (†febrero de 1548) (108).

(106) *Ibidem*, p. 217. Después de la batalla de Lepanto, Felipe II ordenó aprontar una armada de 100 galeras en Italia y 20 en España toda vez que hubiera amenaza de una armada del Turco. *Ibidem*, p. 158, nota 1.

(107) Polanco (ex comm.) a Nadal. Roma 6 de agosto de 1552 (2.^a). *Epp. Ign.* 4, pp. 354-359; POLANCO: *Chronicon* 2, p. 555.

(108) RICARD, R.: «L'aumônerie des captifs chrétiens et la mission des jésuites portugais à Tétouan (1548)» en *Les sources de l'histoire du Maroc*. 1.^{ère} série, IV (París 1951), pp. 273-285.

Ignacio conocía directamente el problema del cautiverio por las informaciones de Tetuán y por la larga experiencia de su mismo compañero, Martín de Zornoza. Ultimamente Ignacio se ocupaba, en persona, del rescate del P. Juan Gutano, cautivo desde 1553.

Su reacción frente a estas cuestiones candentes para toda la Cristiandad, tal como Ignacio la contemplaba, fue más intensa y universal en 1554, con ocasión de la embajada enviada al virrey Juan de Vega por los jeques de Los Gelves y de Taxora (Tadjura/Tayura), promontorio a 20 km al este de Trípoli, ofreciendo vasallaje al Emperador. Ambos jeques prometían, a cambio de su protección, liberar a los cautivos cristianos y permitir la construcción de iglesias y la predicación evangélica, con tal de no forzar a los musulmanes a convertirse a la fe cristiana (109).

El deseo de Ignacio, como el de Fernando el Católico 40 años atrás, era marchar a la empresa, en persona, a la cabeza del mayor número posible de los suyos y dedicar a ella el resto de su vida. Su ideal de cruzada espiritual databa de su conversión: su peregrinación a Jerusalén implicaba su propósito de quedarse y el origen de la Compañía de Jesús brota del voto de Ignacio y sus compañeros de la Universidad de París, emitidos en Montmartre, de peregrinar a Jerusalén y *gastar su vida en provecho de las ánimas* (110). Escribía Juan Alfonso de Polanco, secretario de Ignacio, al provincial de Sicilia, Jerónimo Domènech, que había proporcionado la noticia:

«También nos hemos tanto regosijado con la nueva de los Gelues y Taxora, que no sé qual otra pudiera uenir que más nos alborotara con deseos de passar en Berbería; y nuestro Padre, si la Compañía dispensase con él, pondría los días que le quedan de biuir de buena gana en esta empresa... y, por mucha falta que aya de gente, aunque se desangrase la Compañía, no se faltará en obra que da tanta speranza del diuino seruicio en la conuersión de Berbería» (111)

Un día antes Polanco refería, de modo más explícito, a Antonio de Araoz, provincial de Castilla, los deseos de Ignacio de verse dispensado de su generalato para dedicarse a la empresa africana:

«Con los años y enfermedades que [nuestro Padre] tiene a cuestras, si la Compañía dispensase con él, desearía grandemente que se le acabasen los días de la vida en esta empresa» (112).

Nótese la semejanza de las expresiones de Polanco con el lenguaje de Fernando en carta al cardenal Cisneros de 13 de agosto de 1510 desde Monzón, al darle cuenta de la victoria de Trípoli:

(109) POLANCO: *Chronicon* 3, p. 229. Polanco a Laínez (ex comm.). Roma, 13 de enero de 1554. *Epp. Ign.* 6, pp. 163-164. Laínez se encontraba en Génova. Con la misma fecha, Polanco daba la noticia, reservada por entonces, al P. Francisco Palmio, en Bolonia. *Ibidem*, pp. 173-174. En agosto se comunica públicamente: Carta circular a los colegios de Italia. Roma, 4 de agosto de 1554. *Ibidem* 7, pp. 378-379.

(110) Para el voto de Montmartre, véase arriba nota 94.

(111) Polanco (ex comm.) a J. Domènech. Roma, 16 de enero de 1554. *Epp. Ign.* 4, p. 195.

(112) Íd. a Araoz. Roma, 15 de enero de 1554. *Ibidem*, p. 195.

«Estamos muy alegres porque su divina clemencia nos muestra y abre cada día más el camino para que le sirvamos en aquella santa empresa, la qual con su ayuda estamos determinados a proseguir y gastar en ella los días que nos quedan» (113).

Entretanto Ignacio, de acuerdo con la petición del virrey de Sicilia, Juan de Vega, de tener personal listo para la empresa nortefricana, trató de preparar gente perita en lengua árabe. Procuró la fundación de un colegio en Malta, fomentó el pequeño colegio árabe de Monreale (Sicilia) y consideró el recién fundado colegio de Granada como una fuente de vocaciones moriscas, cuya lengua era el árabe (114).

Atendiendo a la petición del gobernador de La Goleta, Alfonso de la Cueva, trató por el mismo tiempo de enviar jesuitas para esta plaza tunecina, adonde destinó al jerezano Cristóbal de Mendoza con la intención de fundar un colegio para los hijos de españoles y de tunecinos (115).

Pero la guerra entre el emperador Carlos y Enrique II de Francia y su posterior renuncia de la Corona de España en su hijo Felipe (1555) deshizo toda esperanza, abrigada y alentada por Ignacio, de restablecer y continuar la política africana de Fernando el Católico para la defensa de la Cristiandad (116).

A fines de 1552, Carlos había dado la orden de dismantelar y abandonar Mahdia, que no podía ser sostenida por los caballeros de San Juan. Bugía, último baluarte de las conquistas fernandinas en el Mediterráneo oriental, cayó el 27 de septiembre de 1555 en manos otomanas.

Por la banda occidental del África atlántica portuguesa, los sa'dies habían tomado al asalto, en 1541, Santa Cruz de Cabo Gué (Agadir). Como consecuencia, Juan III, con una política similar a la de su primo y cuñado Carlos, evacuó Safi y Azamor y, en 1550, Alcacer y Arcila, plaza esta última socorrida por Fernando el Católico, en 1508, desde Sevilla, en apoyo de su yerno Manuel de Portugal.

Ignacio asistía así al desplome de la política africana de los reinos ibéricos y del ideal de cruzada de Fernando, una realidad vivida experimentalmente «cuando él —Íñigo López de Loyola— servía en la corte del Rey Católico»; de modo especial durante los meses de febrero a junio de 1511, en que Fernando residía con su corte en Sevilla aprestando la gran armada para llevar a cabo la empresa africana y terminar con la conquista de Jerusalén.

Conclusión: los seguidores de Ignacio de Loyola en las armadas

Esta gran armada para la defensa del Mediterráneo y el control del litoral norteafricano era la que, 40 años después de la proyectada empresa fernandina, diseñaba Ignacio, desde su aposento romano, como «muro universal» para

(113) Citado en DOUSSINAGUE, pp. 351-352.

(114) Véase mi trabajo «La Compañía de Jesús y la minoría morisca (1545-1614)». AHSI 57 (1988), pp. 3-134, 62.

(115) Carta circular a diversos colegios de Italia. Roma, 4 de agosto de 1554. *Epp. Ign.* 7, pp. 378-379.

(116) POLANCO: *Chronicon*, pp. 4, 15-16, 185-186, 199, 216-221.

la defensa de la Cristiandad, especialmente de los que sufrían las consecuencias del corso con la destrucción de vidas y haciendas y la cautividad de los supervivientes. Ignacio ponía así, al servicio de su preocupación espiritual y humana, su visión geopolítica y los conocimientos estratégicos, también en relación con el mar, adquiridos en la corte de Fernando el Católico.

El desarrollo de los acontecimientos en el Mediterráneo, en los años inmediatamente posteriores, dio la razón a las previsiones de Ignacio. En 1555 la situación se consideraba insólita: a la armada franco-turca se había unido la argelina. Los otomanos, conscientes de su poderío, actuaban sin apoyo francés, «sin ser llamados», como había pronosticado Ignacio, y devastaban el litoral italiano cautivando a centenares de cristianos: los turcos ya se habían hecho «bellicosos por mar», habían aprendido y se habían hecho «prácticos en estos mares» (117).

Habrà que esperar al reinado de Felipe II para que el proyecto que Ignacio de Loyola había juzgado esencial para la defensa de la Cristiandad y de los pobres cristianos que padecían los ataques piráticos se intentase llevar a cabo. La actividad naval en la «frontera de la Cristiandad» se desplegó a lo largo del frente mediterráneo hasta abocar en la jornada de Lepanto (1571) y en las campañas posteriores del Mediterráneo Oriental (1572), Túnez (1573) y socorro de La Goleta (1574), aunque sin resultados duraderos.

Para entonces ya había muerto Ignacio de Loyola (1556), pero Diego Laínez, su compañero y sucesor al frente de la Compañía de Jesús (1558-1565), y luego el tercer general, Francisco de Borja (1565-1572), así como sus sucesores, consideraron el ministerio espiritual y caritativo en las armadas como propio de los miembros de la Compañía de Jesús. Los jefes contaron siempre con su asistencia. Así los jesuitas acompañaron al conde de Alcahudete en el socorro de Orán (1558), al virrey de Sicilia, duque de Medinaceli, en la campaña de Trípoli (1560), a García de Toledo en la conquista del Peñón de los Vélez (1564) y acudieron al socorro de Malta (1565). El comendador mayor de Castilla, don Luis de Requesens, los llevó consigo en la campaña de Granada (1569) y don Juan de Austria en todas sus expediciones navales. En la jornada de Lepanto, ocho jesuitas españoles y venecianos se hallaron a bordo de la galera real de don Juan y en las de Álvaro de Bazán y Agostino Barbarigo (118).

La misión en las armadas continuó como uno de los ministerios tradicionales de la Compañía de Jesús, pero ya en otros mares. Baste recordar, entre las misiones permanentes posteriores, la Misión Naval de Flandes, fundada en Ostende en 1623, por Ambrosio Spinola y encargada a la Compañía de

(117) RODRÍGUEZ-SALGADO, pp. 389-391, cita, en este sentido, los testimonios del papa Paulo IV lamentando el conocimiento que habían adquirido los turcos de las costas y casas de Italia, y del virrey de Sicilia, Juan de Vega, señalando su cercanía, su información sobre las cosas de la Cristiandad y la rutina de su visita anual a las costas de Sicilia para efectuar sus razias.

(118) Véase mi artículo: «Jesuitas en la Armada contra Inglaterra (1588). Notas para un centenario», AHSI 58 (1989) 3-42, 6-8

Jesús (119) y la proyectada Misión de la Armada del Océano, con base en Cádiz, propuesta al rey Carlos II en 1683 por el capitán general de la Armada, conde de Aguilar y aceptada, en 1687, por el recién elegido Preósito General de la Compañía, el español Tirso González de Santalla (120).

DOCUMENTOS

El secretario de la Compañía de Jesús, P. Juan A. de Polanco, por comisión de Ignacio de Loyola, al Padre Jerónimo Nadal sobre la armada del Mediterráneo.

Roma, 6 agosto 1552 (*Epp. Ign. 4, 353-359*)

I

Jhs

Pax X.ⁱ

Charísimo Padre en Jesu X.^o

No dexaré de communicar á V. R., tubiendo comission para ello de nuestro Padre Mtro. Ignatio, vna impressión con que se halla estos días, para que scriua lo que della le pareze. Bien que, si Dios N. S. diese á S. P. alguna señal interior más efficaz que hasta aqui, ó se persuadiese que tendria crédito con S. M., no esperaría consejo de nadie.

Es el caso que, viendo vn año y otro venir estas armadas del turco en tierras de christianos, y hazer tanto daño, lleuando tantas ánimas que van á perdition para renegar de la fe de X.^o, que por saluarlas murió; vltra del aprender y hazerse prácticos en estos mares, y quemar vnos lugares y otros; y viendo también el mal que los cosarios [sic] suelen hazer tan ordinariamente en las regiones maritimas, en las ánimas, cuerpos y haciendas de los xpianos., ha venido á sentir en el Señor nuestro muy firmemente, que el emperador debía hazer vna muy grande armada, y señorear el mar, y euitar con ella todos estos inco-nuenientes, y auer otras grandes comodidades, inportantes al bien vniuersal.

Y no solamente se siente mouido á esto del zelo de las ánimas y charidad, pero aun de la lumbré de la razón, que muestra ser esta cosa muy necessaria, y que se puede hazer gastando menos el emperador de lo que aora gasta. Y tanto está puesto en esto nuestro Padre, que, como dixé, si pensase hallar cré-

(119) HAMBYE, E.: *L'aumônerie de la flotte de Flandre au xvii siècle, 1623-1662*. Namur 1967.

(120) Preparo una nota sobre esta propuesta, en base a la correspondencia del Presidente del Consejo de Indias, marqués de los Vélez, referente a este asunto, conservada en el Archivo de la Compañía de Jesús, de Roma.

dito con S. M.¹, ó de la voluntad diuina tubiese mayor señal, se holgaría de emplear en esto el resto de su vejez, sin temer para yr al emperador y al príncipe el trabajo ni peligro del camino, ni sus indisposiciones, ni otros algunos inconuenientes.

V. R. encomiende esto á Dios N. S. y mire en ello, y auise presto de lo que le pareze en su diuino conspecto.

De Roma 6 de Agosto 1552.

De V. R. sieruo en X.^o

Por comission de N. P. Mtro. Ignatio,

+Joán de Polanco+

Al reverso de la misma mano: Para el P. Nadal.

En los regestos: Messina.— A Mtro. Nadal. Vna lettera della motione de N. de parlare, se accadesse di parlare, al imperatore et al principe sopra far arma-ta per aqua.

II

Jesús

Pax Xpi.

Charissimo Padre en Jesu Xpo.

En la otra más general dixebreueamente que nuestro Padre, no solamente se mouía con zelo de charidad, pero aun con lumbre de razón, para sentir que deuiesseshazerse una armada grande, y que podría hazerse.

En esta me estenderé en mostrar, primero, que deue hazerse, y cumple mucho que se haga. 2.^o, que se podrá hazer sin mucha costa, antes con menos de la que agora se haze por S.M.¹ para las cosas de la mar.

Las razones, que para sentir que deue hazerse mueuen, son estas. Primeramente, que la gloria y honor diuino mucho padece, lleuándose los xpianos. de tantas partes, grandes y pequeños, entre infieles, y renegando muchos dellos la fe de Xpo., como se vee por experiencia, con grande lástima de los que tienen zelo de la conseruación y adelantamiento de nuestra santa fe cathólica.

La 2.^a, que con grande cargo de consciencia, de quien deue proueer y no prouee, se pierde tanto número de personas, que desde niños y todas edades, con fastidio de la seruidumbre tan trauajosa y males sin cuenta que padeçen de los infieles, se hazen moros ó turcos; y destos ay tantos millares entre ellos, que el día del juicio verán los príncipes si deuían menospreciar tantas ánimas y cuerpos que valen más que todas sus rentas y dignidades y señoríos, pues por cada vna dellas dió Xpo. N. S. el precio de su sangre y vida.

La 3.^a es, que se quita vn grande peligro de toda la christiandad, que corre con estas ydas y venidas de los turcos, lo[s] quales, no siendo bellicosos por mar hasta agora, se comiençan á hazer prácticos y á çeuarse, y comiençan con lo poco que queda de la xpianidad. á vsar la industria que vsaron para ganar el

imperio de Constantinopla, ayudando al vn príncipe para resistir y entretenerse con el otro, y desgastarse el vno con el otro, y después, sobreuiuiendo él, tomó lo del vno y lo del otro. Y assí agora vsándose este conmercio con França, ay peligro que después no vengan sin ser llamados, poniendo en grande aprieto la christiandad por mar y por tierra. Y este inconueniente y los de arriba se quitarían con señorear la mar su magestad con potente armada.

La 4.^a razón es, que con esta armada en gran parte se quitarían las ocasiones que tiene el reyno de Nápoles de alborotos y bullicios, que, sin esperança de la del turco, no auría manera para que pensassen salir con su intento los reboluedores: vltra que de França no les dexaria tampoco esperar ayuda por mar, y temerian que la armada seria luego sobre los rebeldes; y no solamente se sosegaria Nápoles, pero todo el resto de Italia y Sicilia, y otras ínsulas deste mar.

La 5.^a es, que quando tal fuesse la armada, que al rey de Francia constasse no poder la turquesca venir acá, faltándole aquella ayuda, que tiene para diuertir y desgastar á su magestad, vería que le conuenía estar quieto; y quando no lo estuuiese en su reyno y confines, no tendría ocasión de reboluer á Italia; pero siempre en ser inferior en la mar, y faltar el socorro que por mar le viene, estaria más débil, y por consiguiente más amigo de paz.

La 6.^a es, que se escusarían los daños temporales, que los turcos y cosarios hazen continuamente en todas las costas de España y Italia y otras partes, y los gastos de guarniciones que se hazen en todas las marinass, no sabiendo dónde ha de tocar la armada del turco. Y cuánto sean grandes estos, bien se puede ver en estos dos años passados en el reyno de Nápoles y Sicilia y otras partes; y estas, siendo la armada muro vniuersal, no serían menester.

La 7.^a, que se haría el paso seguro y fácil de España á Italia; y sábesses cuánto importe éste para el bien destes reynos en general, y para el particular de muchos, que tanto padecen quitada esta comunicaci3n.

La 8.^a, que sería fácil, teniendo muy potente armada y señoreando todo este mar, ganar lo perdido, y mucho más, en todas las costas de Africa, y en las de la Grecia, y las islas del mar Mediterráneo; y podríasse poner el pie en muchas tierras de moros y otros infieles, y abrir gran camino para conquistarlos, y consiguientemente hazerlos xpianos.; donde no auiendo armada, como se tomó Trípol, podrían tomarse otros lugares de importancia en la xpiandad.

La 9.^a es, que para la honrra de su magestad, y reputaci3n (entre fieles y infieles harto necessaria), se ganaría mucho con tener tal armada, que los fuesse á buscar en sus tierras, y no se defendiesse acá con trabajo en las propriass, perdiendo mucho del crédito y authoridad en los ánimos de los hombres, con que, sin armas, en cierta manera podria en muchas partes defender á los suyos. Estos son los motiuos que mueuen por vía de razón á N. P. á sentir que debria hazerse esta armada.

Aora, para la 2.^a parte, de cómo podría hazerse, le ocurre lo siguiente.

Presupuesto que gente no ha de faltar á S. M.^l, que la tiene por la diuina gracia mejor que príncipe del mundo que se sepa; los dineros se podrían sacar de diuersas partes.

Primeramente se podría dar orden que muchas religiones ricas, que ay en los señoríos de S. M., á las quales bastaría mucho menos de lo que tienen, armassen vn buen número de galeras, como seria: la orden de S. Hierónimo, tantas; la de S. Benito, tantas; la de los cartuxos, tantas; etc. Aquí entran las abadias de Sicilia y Nápoles, donde no ay religiosos.

La 2.^a ayuda sería de los obispados y sus capítulos y beneficiados, que podrían contribuir en todos sus señoríos gran suma de dineros para armar muchas galeras en beneficio de la xpianidad.

La 3.^a, de las quatro religiones de caualleros, que, como la de S. Juan, también las otras, según su institución, deurían ayudar con las haziendas y personas esta armada contra infieles. Y para lo dicho tener forma, que el papa diesse licencia de sacarlo, ó tratarlo con los superiores dellos allá en España y en los demás señoríos suyos, pues es para el bien vniuersal de la xpianidad.

La 4.^a es, de algunos de los grandes y caualleros seglares de sus reynos, que lo que se gasta por grandeza en caças y platos y acompañamientos demasados, más justo es y más á su honrra que se gaste en armar galeras contra infieles á gloria de Dios: y si no siruen con sus personas, préciensse de ayudar y seruir con sus haziendas. Y de aquí se sacaria grande número de galeras.

La 5.^a es de los mercaderes, los quales conçertándose entre si, podrían contribuir para buen número de naues ó galeras, pues aun á ellos sería cómodo para sus mercaderías, vltra del bien de la xpianidad.

La 6.^a ayuda es de las mesmas ciudades y lugares de sus reynos y señoríos, en especial las marítimas, que, padeciendo tantos daños de turcos y moros y otros cosarios, lo que les auia de ser robado, es muy mejor que lo empleen en galeras, para que no aya quien los robe; y lo que suelen gastar en guarniçiones, que lo gasten en la armada, con la qual no aurá menester hazer gastos y diuertirse de sus negocios por guardarse. Y en esto podrán más contribuir las regiones que más bien les viene dello, como son las del reyno de Nápoles y Sicilia.

La 7.^a ayuda podría hazer el rey de Portugal, sacando él de la mesma ó semejante manera de su reyno, como se dixo de los de S. M., algún número de galeras y otras velas.

La 8.^a, las señorías, de Génoua, que podría pagar algunas galeras, y la de Luca y Sena, que siempre ayudarán, ya que la de Venecia no pueda.

La 9.^a, del duque de Florencia, á quien conuiene por su mesmo señorío, vltra del bien común; y podría él también ayudarse, como se dixo del rey de Portugal, de semejantes partes ecclesiásticas y seglares á las que arriba se han dicho.

La décima ayuda podría y deuría ser del papa y tierras de la iglesia, si Dios le diese tanto espíritu; si no, á lo menos concederá lo que arriba está dicho, que no será poco.

Assi que, Padre charissimo, vea lo que acá ocurre á N. P. por vía de razón; que sin lo que el emperador puede ayudar con sus rentas, que es mucho, destas diez partes parece podría sacarse para mantener grande armada; y con aydar también lo de las rentas reales, pareçe sin fatigarse mucho podrian mante-

nerse más de dozientas, y aun, si fuesse menester, trezientas velas, y las más ó quasi todas galeras, y seguirse ya gran bien á lo poco que queda de la xpian-
dad., que sería de sperar mucho se aumentaría por esta vía en gran manera,
donde con razón agora tememos la diminución y notable daño della.

Mire V. R. todo esto, y diga lo que siente; que si otros, de quienes sería más
proprio, no hablan desto, podría ser que vno de los pobres de la Compañía de
Jesú se pusiesse en ello.

Dios, sapiencia eterna, dé á S. M.¹ y á todos y en todas cosas sentir su sanc-
tíssima voluntad, y gracia para perfectamente cumplilla.

De Roma á 6 de Agosto de 1552.

Reverso, de mano de Polanco: Per il P. Nadal

III

Roma 6 augusti 1552.

[Messina.]—3.^a Altra inclusa, che mostri quella a Giouan de Vega.